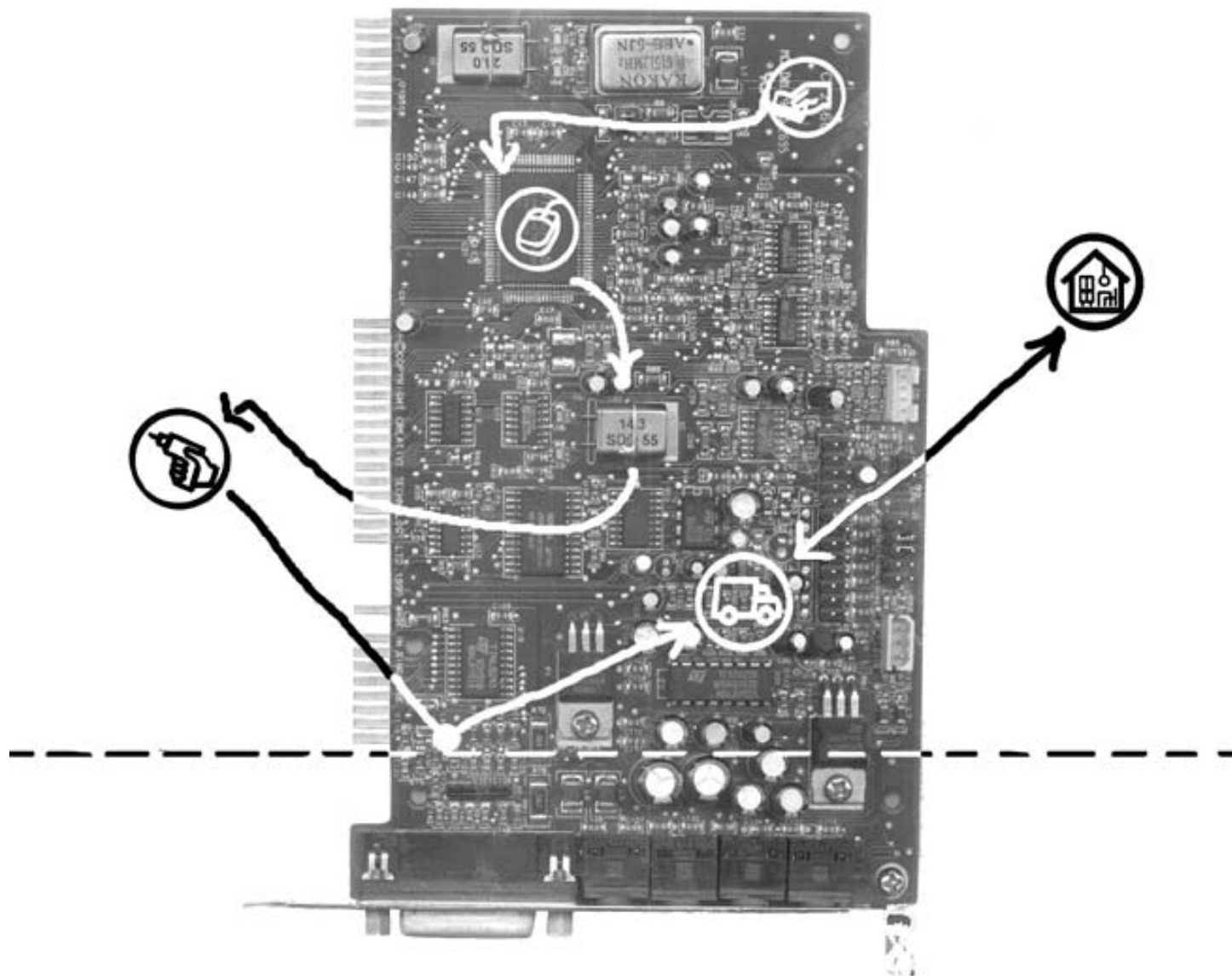


diarios



Las manipuladoras de códigos I

Relato a tres voces de una deriva con traductoras y profesoras de idiomas

4:00 pm, La Eskalera Karakola

Nos reunimos a la puerta de la Eskalera Karakola un grupo de mujeres precarias: una traductora-ex ceramista, una traductora que dedica sus ratos libres a la investigación precaria, una traductora que da clases de francés a altos ejecutivos, una traductora a secas, una profesora de inglés ecuatoriana que deambula entre academias y clases a empresas, una arqueóloga itinerante de excavación en excavación (y tiro porque me toca) y una ecuatoriana que a veces limpia casas para sacarse unos cuartos. Dos cámaras de vídeo y dos cámaras de fotos nos acompañan. Emprendemos el viaje.

Primera parada:

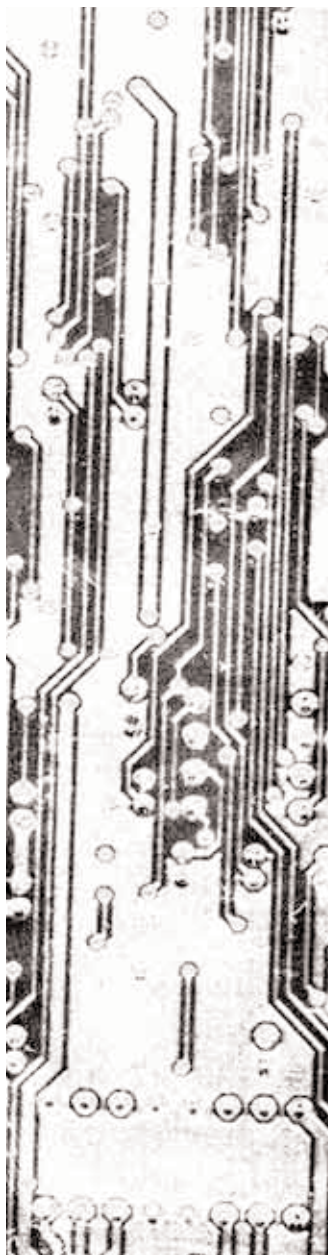
Embajadores - Atocha - San Fernando de Henares – instalaciones de NCR

Reemplazamos nuestro paisaje habitual de asfalto y cemento por el del extrarradio, un poco más despejado y despoblado aunque amenazado por la presencia de grúas. Las traductoras aprecian salir de la ciudad ya que casi nunca se desplazan a un lugar de trabajo, porque la línea divisoria entre sus espacios de trabajo y de vida personal se ha borrado. Mientras el tren avanza, una de las profesoras lee sus reflexiones acerca del desarraigo y la movilidad:

desarraigo

A la desarraigada se le compadece o repudia culpándola de falta de identidad, raíces y costumbres. Pero construir la identidad con elementos culturales autóctonos es absurdo en el mundo cambiante en que vivimos, de dislocaciones, hábitats temporales, migraciones y mestizaje.

Desnudarse de ciertas tradiciones y valores, en mi caso ha sido motivo de celebración (y alivio). Salir de Ecuador por primera vez a los 18 años fue un deseo intuitivo de fuga y de experimentación. Aunque mi adolescencia en Quito está llena de buenos recuerdos, también fue época de un gran desgaste de energía fuese para reprimir deseos y curiosidades como para conquistarlos.



A partir de ese momento la imagen de mi misma con maleta en mano se plasmó en mi historia de vida. Maleta en mano a Brasil con la emoción de lanzarme al vértigo de lo desconocido, y con la misma vuelta a casa. Maleta en mano bajando por las calles empedradas de Beacon Hill con una dirección apuntada en un trozo de papel: la futura casa, la futura cueva, los futuros esclavistas. A la vez el campus universitario se convierte en mi nueva fuga, mi refugio. Un año de explotación en el servicio doméstico disfrazado bajo el nombre de «au pair» es suficiente. Nuevamente la maleta a espaldas.

Vuelta a empezar. Entro a una casa de mujeres donde no conozco a ninguna. Entro a mi mitad de habitación, la otra está poblada por desorden y otra chica que ha llegado antes. Dos años de convivencia con 40 mujeres de distintos orígenes es una escuela y una fiesta. Con el tiempo consigo mi permiso de trabajo, petición rara por parte de una estudiante extranjera: «¿tu padre no te manda dinero?» Desempeño trabajos multifacéticos de los cuales el último es el más grato: intérprete médica en el Hospital de Massachussets. Sin embargo, transcurrido los años, nuevamente me invade el deseo de fuga. Renuncio a todo por contrariar a la fiel y perfecta integración a la que me había sometido.

Me marchó lentamente (en coche) hacia mi país y me enamoro rápidamente. Me enamoro mientras vivimos sobre ruedas y la movilidad geográfica impide (o aplaza) la lucha por los espacios. Sin dudas ni vértigos, vengo a vivir a España con él. Llego con el cuerpo agotado, el corazón radiante y la maleta en mano. Empieza mi rompecabezas de escasas piezas que no consigue armar mi cuadro de amor idílico. España me ofrece muros, vallas y miradas hostiles. El muro de la aceptación familiar es irrompible. Los papeles se consiguen casándonos, pero no se quita el estigma. Poco a poco empiezo a conocer las reglas del juego y hasta llega a parecerme divertido.

Ahora, estoy aquí, es éste mi espacio y por eso mi deseo de cambiarlo, hasta que nuevamente me entre otro aire intuitivo y me vaya maleta en mano.

movilidad

4 y 45 de la tarde parada en el andén de la estación de Atocha. Viajar es tan cotidiano que el tren se convierte en una extensión de mi vida y de mis espacios. Habito en el tren y convivo con pasajeros durante media hora. La ventana me distancia de la realidad y ésta me parece absurda. Vivimos en cajas apiñadas. El ser humano se construye su propia jaula.

Jaulas unifuncionales como esta nave diseñada para producir trabajo, sin posibilidad de distracción para dar un paseo, tomarse un café, o conversar con los colegas sobre trivialidades como el tiempo, porque ni siquiera hay ventanas para saber si truena o si ha salido el sol.

7 y media de la tarde: voy y vengo de cajas. Esta caja sobre rieles me gusta porque al menos no es estática. Las ojeras se han marcado en la mayoría de los rostros y los cuerpos se han entristecido. La mayoría de los pasajeros son varones, inmigrantes. Llevados y traídos a la construcción del extrarradio. A la construcción de jaulas que se multiplican.

Mujer Precaria
Deriva de las manipuladoras de códigos

Comentamos. El desarraigo no siempre es un resultado de movilidad geográfica o de migraciones. Podemos desarraigarnos de ciertas cosas, valores socializados, aspectos culturales o tradiciones si lo deseamos, sin tener que ir muy lejos. Al fin y al cabo, la pertenencia no se limita a la cultura dominante de los sitios donde habitamos y coexistimos, sino a lo que hacemos y a las personas con quienes convivimos y compartimos experiencias. Romper con expectativas, ser infiel a nuestros roles, desobedecer los patrones de comportamiento, es una forma de desarraigarse de lo aprendido, de la Tradición. La diferencia es que a las mujeres del sur nos acusan de poco auténticas, de occidentalizadas (con la connotación que esto lleva), perpetuando nuestra culpa de Malinches. Mientras que a las del norte, aunque por un lado se las reprocha, por otro sí encuentran el reconocimiento de valientes, osadas, feministas al fin. De todas formas, si miramos con cuidado nos encontramos con múltiples fronteras que permanentemente todas tenemos que atravesar.

El tren anuncia su parada interrumpiendo nuestra charla. Llegamos a San Fernando de Henares y caminamos por el atajo sobre las vías del tren en desuso. Nos acercamos a las naves industriales mientras algún camión pasa cerca de nosotras. Entramos a la empresa NCR (*National Cash Registers*), lugar donde una de nosotras da clases de inglés a un grupo de trabajadores, y la guarda de seguridad nos advierte que no podemos grabar en el establecimiento. Hablamos con el encargado del departamento de logística y, con lo que nos cuenta, atamos cabos entre los cambios estructurales de la economía y nuestro trabajo precario.

NCR es una multinacional americana dedicada a la instalación y mantenimiento de cajeros automáticos, así como cajeros de grandes establecimientos como Telepizza, Madrid Rock, etc. Nuestra primera pregunta es: ¿Por qué clases de inglés? Ha surgido de repente la urgencia de saber hablar inglés para poder continuar desempeñando el trabajo, para no ser marginalizado, o simplemente para no perder el puesto de trabajo. Desde aproximadamente 1992, cuando fue absorbida por la multinacional AT&T, NCR mantuvo su nombre pero fue sometida a cambios estructurales. La plantilla en España se vio drásticamente reducida un 400% hasta los 400 empleados actuales que se ven amenazados por la reestructuración desenfrenada. Muchas de las funciones de los trabajadores despedidos, jubilados anticipadamente, o descendidos a puestos imaginarios, han sido centralizadas en otras partes de Europa como Holanda o Inglaterra. Esto significa que quienes conservan sus puestos en España tienen que desempeñar buena parte de su trabajo en inglés por teléfono o en correos electrónicos.

La nueva necesidad creada de aprender este idioma (todos los estudiantes tienen más de 45 años) junto con sus inconvenientes es asumida por los trabajadores. El empleado tiene que regalar 3 horas semanales de su tiempo libre para dedicárselas al tedioso aprendizaje del inglés (reciben las clases fuera del horario de trabajo; de 5 y media a 7 de la tarde). La empresa cubre un 80% del coste de las clases, bajo el nombre de «ayuda al trabajador», mientras las clases privadas de los altos ejecutivos son costeadas al 100%. El dinero para pagar esta actividad proviene de un fondo de la empresa para «actividades y recreación»; lo cual explica por qué la profesora no tiene un contrato de trabajo, un salario fijo mensual, ni vacaciones pagadas. En la mayoría de los casos, la compañía contrata los servicios de una academia de inglés, la cual como intermediaria, contrata o no a la profesora, y le paga una parte irrisoria del pago recibido.

Damos un paseo por el «repair department» (todos los sectores y departamentos de la compañía están etiquetados en Inglés.) Vemos una fila de cajeros averiados, algunos desmontados, y nos adentramos en sus entrañas. El almacén es enorme y da la impresión de un exceso de trabajo. Nos informan que solamente hay 14 técnicos en el piso. Algunos son temporales contratados por ETT's que han reemplazado a técnicos con antigüedad. De estos temporales, una es mujer, que aunque le asignan principalmente trabajos de limpieza de las piezas, a veces, «para no desmotivarla», alegran su día asignándole trabajos más desafiantes de reparación.

Se hace tarde y nos queda todavía un largo itinerario. Nos vamos llenas de reflexiones, y apretamos el paso para trasladarnos nuevamente al centro de Madrid. Las prisas nos obligan a arriesgar las vidas sobre los rieles, los cruzamos corriendo mientras la luz del tren se aproxima.

Segunda parada:

San Fernando de Henares – Atocha – Sol - cibercafé de la calle Montera

Una vez en el tren nuestras cabezas no paran de bullir. Lo que iba a ser una visita al lugar de trabajo de una profesora de inglés sin contrato se ha convertido en un paseo por una empresa de alta tecnología reestructurada. A través de una posición atípica (la nuestra, sin contrato y sin derechos, pero también sin nombre), hemos llegado a uno de los nodos de la «*lean production*», la producción que reduce el personal y el capital fijo a un mínimo, que flexibiliza y deslocaliza al máximo los procesos de trabajo. Una gran nave aséptica en San Fernando de Henares, con una plantilla de apenas 40 trabajadores, constituye la materialización concreta y aferrable de todas esas cosas que alguna de nosotras hemos leído sobre la reestructuración capitalista. Pero ¿y dónde nos colocamos nosotras ahí? ¿Qué lugar tenemos en el cuadro? Veníamos buscándonos en la metrópoli y hemos vuelto a perdernos. Veníamos buscando nombres para nosotras, para esas posiciones nuestras que siempre parecen demasiado singulares, demasiado casuales y particulares, fragmentarias, como para permitir una narración común, y hemos encontrado los nombres de otros, trabajadores fijos que poco a poco van perdiendo sus derechos y su posición, que ven cómo sus compañeros van cayendo y nunca saben si les tocará caer a ellos mañana. Y nos hemos sentido en cierto modo extranjeras: NCR no era nuestro territorio, ni siquiera el de aquella de nosotras que se desplaza tres días en semana hasta allí para dar clases de inglés.

No nos hemos encontrado. O tal vez sí que lo hemos hecho, pero no en las naves de NCR, que recorriamos, curiosas y traviesas, sin poder evitar recordar aquellas excursiones que hicimos de niñas con el colegio a la fábrica de leche de moda, de Quito o de Madrid. Nos hemos encontrado en esa alianza temporal que ha emprendido un viaje desde la Karakola, en esa inesperada alegría de estar juntas perdiéndonos por las arterias de la ciudad. Nos hemos encontrado, en el tren, hablando del desarraigo, después de la lectura del relato sobre esa vida vivida como un viaje del cual una desconoce la próxima parada. Nos hemos encontrado en algunas anécdotas: «¿y cómo conseguiste este curro? Pues una conocida de una amiga tenía un contacto...». En suma, siempre por casualidad, por puros azares de la vida; y siempre a través de las múltiples redes de relaciones que una va transitando. También nos hemos encontrado en algunos gestos: escudriñando los

cajeros de NCR en busca de los cajetines del dinero, rascándonos los bolsillos para hacer un bote para el billete del cercanías, colándonos en el metro camino de Sol, saliendo del metro y quedándonos pasmadas ante un inmenso cartel de Nike, con una pregunta «¿quién eres tú? Descúbrete a ti misma» y «6 modelos de mujer» como perversa respuesta siempre reducible a una única mucho más sencilla: *nikewomen.com* (porque tú lo vales). Queridos: valemus mucho más y, sobre todo, podemos mucho más.

Pero seguimos nuestra búsqueda. Y la siguiente parada es un cibercafé de la calle Montera, al que una de nosotras, traductora autodidacta, solía ir a navegar para resolver dudas de traducción cuando andaba sin casa (y por lo tanto sin conexión a internet) y a imprimir textos para el trabajo, impresiones que, *of course*, no cubre la editorial para la que trabaja. Pero si nuestras guías de deriva han elegido traernos a este cibercafé en concreto, en vez de a otros más pequeños, de esos gestionados por migrantes que proliferan en el barrio de Lavapiés, es también porque, en tanto que establecimiento despersonalizado y céntrico perteneciente a una gran cadena, permite visualizar a la perfección la nueva fábrica metropolitana y, tal vez, imaginar las posibilidades de cortocircuitarla: en dos plantas prácticamente diáfanos, hay, colocadas en filas, una al lado de otra, unas 200 terminales. En ellas, cientos de personas chatean, hacen consultas vía web, envían mensajes de correo electrónico... algunas ligan o hablan con familiares lejanos, otras investigan cosas para sus estudios, otras trabajan: todas en el mismo lugar, abierto las 24 horas del día. El ruido de las teclas es imparable, casi infernal.

Cuando nuestra traductora-autodidacta frecuentaba este lugar, había, nada más entrar, un mostrador en el que te vendían unos bonos internautas al módico precio de 1,5 euros. Con ellos podías navegar, chatear y mandar correos electrónicos, pero si querías hacer cualquier otra transacción informática (mandar ficheros, bajar ficheros, imprimir...) tenías que pagar aparte (¡y no podéis imaginar el sablazo!): llevarse la información en otro soporte que no fuera el propio disco duro cerebral tenía un precio. Sin embargo, y para nuestra sorpresa, en los meses que ella lleva sin utilizar este cibercafé, lo han remodelado por completo: el mostrador que había antes en la entrada para comprar bonos y desde el que también se realizaban las impresiones, las descargas de ficheros, etc, ha quedado convertido en una pseudo-cafetería (cuatro mesas altas y cuatro taburetes, una nevera con sandwiches, alguna lata, una máquina de café) de «Fresh and Ready», que pertenece a «Pan's and Company» y vende comida rápida para mentes rápidas y cuerpos todoterreno-mientras-aguanten a europrecios con sabor a aire. Los bonos ahora se compran en unas máquinas naranjas que hay a un lateral, la posibilidad de subir y bajar ficheros e imprimir ha desaparecido (según nos contará más tarde el empleado, la empresa ha decidido «especializarse» sólo en un servicio para ser más «competitiva») y, de los antiguos trabajadores del cibercafé, no queda más que un polivalente y estresado individuo, que hace las veces de técnico del establecimiento, relaciones públicas de la firma, guardia de seguridad, resuelve-problemas varios y limpiador ocasional. Al principio no conseguimos localizarle: nos hablan de él los empleados del «fresh and ready», todos ellos con contrato temporal y hasta las narices de tener que atender a los clientes del cibercafé con sus mil ciberproblemas porque el otro muchacho no da abasto. Por fin, una de nosotras lo descubre: anda limpiando uno de los baños. Le pedimos que nos hable de su trabajo y nos cuenta encantado la «política de la empresa» «EasyEverything», una multinacional de capital

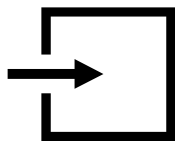


americano): reducción de personal (en este cibercafé, por ejemplo, trabajan ahora sólo tres personas, que se van relevando, con turnos de 8 horas cada una), especialización en unos cuantos servicios mínimos (internet, vuelos baratos, alquiler de mercedes...) e increíbles ofertas de precios (servicios de baja calidad a «precios competitivos», a costa de una mano de obra polivalente e infrapagada). Nos cuenta también encantado cómo funciona el sistema de bonos: «tú compras un bono de 1 euro, pero el tiempo que te durará depende de la cantidad de usuarios que haya en ese momento en el cibercafé; cuantos más usuarios, menos ancho de banda para ti y, por lo tanto, más te durará el bono. Es como la bolsa». Su relato se ve interrumpido por un encuentro con lo que parece ser una persona «non-gratta» en el lugar. Alguien nos contará más tarde que el cibercafé está atravesado por otro tipo de negocios: trapicheos varios, de «sustancias», de tarjetas de móviles y de teléfono, de objetos robados... Montero no es *Beverly Hills*.

Cuando nuestro empleado vuelve de haber resuelto el «encontronazo» (esto es, de haber expulsado a aquella persona, con un móvil por única arma), le preguntamos si no le estresa asumir tantas tareas y tantas responsabilidades y si le merece la pena para el salario que tiene. Su respuesta viene a ser: «gano lo normal», «para lo que hay, este trabajo me gusta», «me exige implicación», «a mí me gusta tratar con la gente». Nos cuenta también muy orgulloso que en el cibercafé hay filtros que impiden la entrada a páginas de accidentes, a páginas con contenidos nazis, racistas, xenófobos, homófobos, etc., al mismo tiempo que se queja de que los clientes de algunas nacionalidades son «más pesados» que los de otras: «por ejemplo, los españoles son más tranquilos, dan menos la lata. Los latinoamericanos son más pesados» (no parece darse cuenta de que en el grupo que lo escucha, hay dos mujeres ecuatorianas...). Concluye su relato diciendo: «yo nací en el barrio de Latina, me gusta trabajar por el centro, y en un trabajo que me exija estar activo, que me pida implicación. Me gusta implicarme con lo que hago». Implicación, compromiso ¿con la gestión de un establecimiento entre mil de una cadena de cibercafés, repleto de cámaras y letreros que rezan «atención, ladrones»? Salimos impresionadas ante una «movilización total» tan vacía. Efectivamente, hemos hablado con el superviviente de un proceso de selección (del grupo de 6 que antes trabajaba por turno, sólo ha quedado él después de la reestructuración) y sobrevivir en determinados sitios y de determinados modos, qué duda cabe, deja huellas indelebles en la subjetividad. Pero, con todo, la interiorización extrema de la lógica de la empresa encarnada en este individuo nos ha dejado una cierta sensación de desolación: un ansia de ruptura nos invade según nos vamos alejando de ese particular nodo de Matrix.

Tercera parada:

Sol – Tirso de Molina – Supermercado LIDL



El trayecto por los largos itinerarios vitales de las manipuladoras de códigos va derivando en la noche y sus cuerpos, ahora alertados por la materialidad de su fatiga, por el lenguaje de su apetito abierto tras este intenso, afectivo deambular por las estaciones de su precariedad, se dirigen hacia una nueva parada: el «Lidl» de Tirso de Molina.

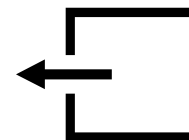
Otro trabajo no remunerado y cotidiano, el de la compra nuestra de cada día, el trabajo de adquirir lo más imprescindible y lo más barato para la supervivencia material de nuestros cuerpos. En Tirso se halla el espacio de consumo l-ideal para clientes sin posibles: allí nos encontramos la lumpenclientela de los márgenes sociales del barrio de Lavapiés (en vías de ser limpiado de tan poco ilustre vecindario), gente mayor, inmigrantes de múltiples procedencias, jóvenes precarios, yonquis de la plaza, guiris asombrados de tan variopinta fauna, haciendo malabares con los escasos euros rascados de los agujereados bolsillos. Pero estos productos de tan renombrada procedencia alemana (tecnología alemana, oiga) sorprenden por sus increíbles precios: yogures a 11 pesetas (la calculadora mental todavía no consigue pasarse al euro), conservas de legumbres de a 40, pero ¿cómo estos precios tan populares? Quizá tenga algo que ver con que no hay prácticamente emplead*s, apenas dos cajas abiertas con unas trabajadoras que pasan horas sin levantar la mirada del teclado de sus cajas registradoras: es el reino del *self service*, te has de buscar la vida para encontrar los productos (ningún cartelito para facilitarte la tarea), para cargarlos (no hay cestas para aliviarte la faena) has de buscar cajas de cartón de partidas de productos ya consumidos para usarlas a modo de cestas y, para colmo, estás continuamente vigilada por unas cámaras que son como de pega, pero que no por ello dejan de recordarte que ya hace tiempo que dejaste de ser la clienta quesiempretienerazón para convertirte en una delincuente potencial. Clientes «delincuentes» atendidos por trabajadores maltratados, demasiado pocos para todo el trabajo que implica reponer, cobrar, atender a las preguntas y enfados de esa clientela masiva.

Las trabajadoras precarias intentamos preguntar a las empleadas del establecimiento y grabar en el interior de esta jungla lidleliana. Pero el encargado nos da un tajante «no» por respuesta y los seguratas, a pesar de su aspecto de colegas del maquinavaja y su gesto de escaso convencimiento, cumplen su cometido y se dedican a perseguirnos.

Nuestras guías de ruta (las trabajadoras de lo inmaterial), inasequibles al desaliento, aprovechan para hablarnos de la renta.

Aclaración previa: no es que existan unas trabajadoras de lo inmaterial, sino que la inmaterialidad es cada vez más la cualidad del trabajo en la actualidad (trabajo afectivo, comunicativo, de interpretación de símbolos, creativo). Dicho esto, las trabajadoras que hemos organizado esta primera deriva nos dedicamos (por el momento) a la traducción y a la enseñanza de idiomas.

Por lo que nos toca, destacaría varios aspectos: trabajo cada vez más cualificado y menos retribuido, con el cada vez más cualificado nos referimos a que las propias características de tales trabajos exigen unos conocimientos previos (conocimiento de idiomas, manejo de programas informáticos, capacidad pedagógica) y un esfuerzo mental en su desarrollo, que de ningún modo se ven compensados por la ridícula remuneración recibida. Además, nunca se ha pagado la cantidad de trabajo incorporada a una mercancía. Lo único medianamente «calculable» era el tiempo de trabajo incorporado a la producción de la misma, pero ¿qué significado tiene ya eso cuando lo que se incorpora es cada vez más una componente inmaterial? ¿Cómo medir el bagaje cada vez mayor de saber que requieren los trabajos actuales, ese *background* inmaterial del que se extrae todo el valor? ¿Y los conocimientos que se van adquiriendo gracias a la propia variedad de la experiencia laboral? La heterogeneidad en los recorridos de nuestra movilidad laboral (cuántas personas han estado fácilmente en cinco trabajos diferentes en los últimos tres años, cuántas proceden de otros



orígenes, de otras culturas) hace que incorporemos en el desempeño de nuestras tareas «retribuidas» una cantidad de información y de saber-hacer tan valiosa como incalculable. Falta total de cualquier tipo de protección social: en la medida en que no tenemos contratos, carecemos de cualquier tipo de reconocimiento legal de los derechos básicos. Si enfermamos o perdemos el trabajo, pues eso enfermamos (no cobramos) y nos quedamos sin trabajo (¿qué era aquello que llamaban subsidio de desempleo?). Cobertura de las necesidades de infraestructura por parte de la trabajadora: si trabajas como traductora, el espacio es tu casa y el equipamiento es el que tú hayas podido conseguir: eres tú quien ha de poner todas las herramientas materiales necesarias (ordenador, diccionarios) y sufragar los demás gastos (impresión, fotocopias, consumo de electricidad,...) ¿Acceso a los recursos públicos? El transporte público sale cada vez más caro: sobre todo si como profesora *free lance* de idiomas has de desplazarte a puntos muy diversos de la ciudad para dar tus clases. La sanidad pública no cubre para nada nuestras necesidades: el trabajo con ordenadores implica un deterioro de la vista (¿quien pagará nuestras lentillas, nuestras gafas?) y de la espalda (los imprescindibles masajes tras las contracturas, la inevitable piscina para retrasar los males de la espalda). ¿Acceso a la vivienda? Sin palabras.

Más que precariedad, habría que hablar de pobreza de solemnidad, nuestros sueldos están por debajo del umbral de la pobreza y si sobrevivimos es, materialmente, porque llevamos a cabo todo tipo de prácticas legales e ilegales para poner recursos en común (ocupación de la vivienda, redes de apoyo afectivas, familiares, reapropiaciones de comida, de libros, de luz) y «espiritualmente» porque nos sostienen las ganas de luchar y de transformar lo que nos rodea, y porque tenemos demasiadas cosas interesantes que hacer más allá del trabajo remunerado como para tirar la toalla.

Cuarta parada:

Tirso de Molina – Lavapiés – La Grieta (una corrala okupada del barrio de Lavapiés)

Ahora sí que ya nos puede el hambre y las ganas de sentarnos. Después de tomarnos un pequeño *break* en un banco de la plaza de Tirso y comenzar la valoración de nuestra primera deriva (ya no podemos contener por más tiempo nuestro entusiasmo), nos vamos a comprar algunas chucherías y emprendemos rumbo hacia nuestra cuarta y ya última parada del día: la casa okupada de Amparo 21, La Grieta, más conocida por el nombre de La Biblio (que es la biblioteca autogestionada de la primera planta, aprovechamos para invitaros a conocerla a quienes no os hayáis pasado todavía por allí).

Así podemos conocer *in situ* el espacio de trabajo de una de nuestras guías precarias y comprobar como un edificio abandonado ha podido recuperar su valor de uso, como ha sido reconvertido en el hogar donde un buen puñado de personas comparten vida, afectos, recursos y carencias.

Allí nos aguarda, bajo la forma de grabación audiovisual, el relato en torno al penúltimo eje previsto en esta deriva: el tiempo.

«Del tiempo precario de una traductora y militante»

Hubo una vez un tiempo atado a la vida laboral, a la centralidad del trabajo, a la identificación con el empleo...

El rechazo de la alienación laboral, de la expropiación del tiempo de vida por parte del capital y las luchas por la recuperación de esos tiempos de vida marcadas por un fuerte rechazo del trabajo heterodeterminado, forman parte del espíritu crítico de todo un periodo de antagonismo (décadas de 1960-70).

Las formas de acumulación capitalista se han vuelto a reapropiar de esa búsqueda de libertad haciendo del mercado laboral actual, caracterizado por la movilidad y la flexibilidad laborales, un mercado cada vez más injusto: la movilidad y la flexibilidad se traducen en inseguridad y desprotección social, en trabajos cada vez menos remunerados, más temporales e inestables.

Y en medio de todas esas mutaciones y reapropiaciones me encuentro yo, que renuncié a mi trabajo-identidad de ceramista por un arrebato de rechazo del trabajo, de deseo de liberación, de fuga de la identidad definida una apuesta por las derivas colectivas de la autogestión política.

Por eso, el tiempo de la precariedad al que me refiero está fuertemente marcado por la militancia política y por la reapropiación de los recursos: la primera elección me lleva a suplir todas las necesidades imposibles de cubrir con mis ingresos a base de ilegalidades, con la ansiedades y el riesgo que ello implica.

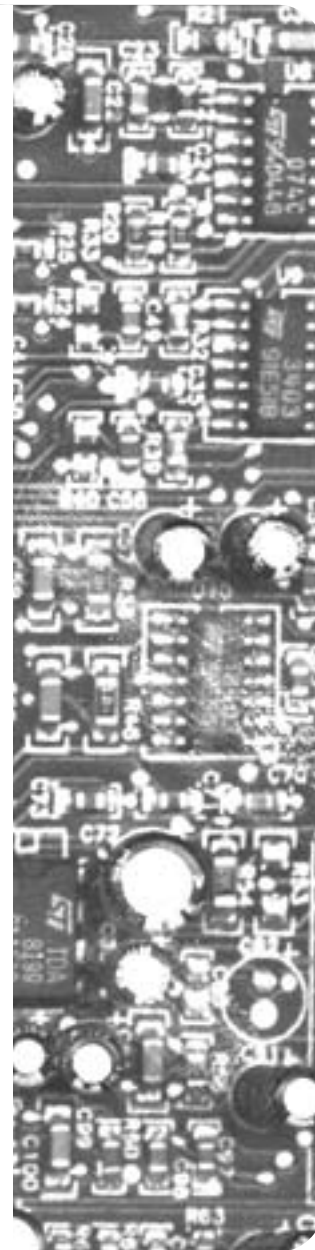
Así, el tiempo de la trabajadora precaria y militante dedicada a la traducción es un tiempo a la vez «liberado» y completamente saturado.

Un tiempo marcado por el horror vacuú: una vez desplazado el trabajo como eje vital, el tiempo parece perder sus propios límites, deviene infinito o infinitamente extensible.

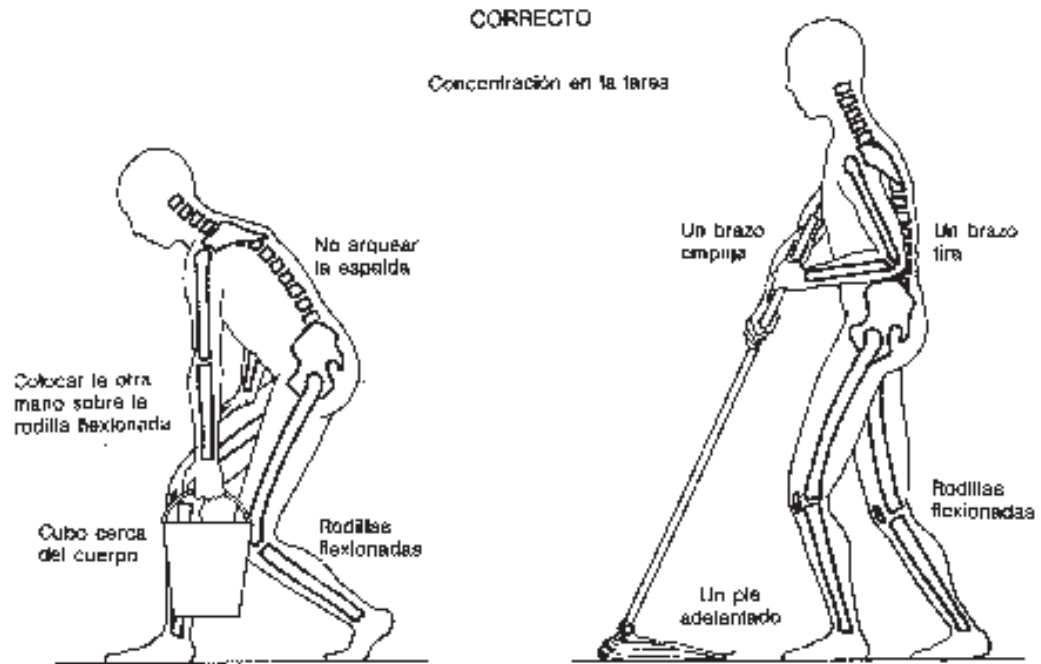
Un tiempo de goma en el que resulta difícil decir no y en el que todo cabe si se embute bien en la apretada agenda, donde citas, reuniones, trabajos y proyectos se suceden sin aliento, donde la cita con las amigas y la reunión del colectivo aparecen en el mismo plano, donde todo queda organizado con antelación. La aparente disponibilidad se convierte en una planificación total, a riesgo de sofocar las posibilidades de acontecimiento.

Ese tiempo de ansiedad, de estrés, de agotamiento, ese tiempo de productividad al que se intenta sacar el máximo rendimiento posible, permite beber de una fuente inagotable de saberes, aprendizajes, experimentaciones, búsquedas y afectos, pero amenaza, al mismo tiempo, con un abismo de superficialidad, de turismo vital: hay tantas cosas que hacer que ninguna alcanza la categoría de prioridad. La perseverancia, las apuestas que requieren unas mayores dosis de constancia, de pasión, de dedicación (esto es, de tiempo) corren el riesgo de quedar marginadas.

Después de oír el vídeo, nuestros cerebros y nuestros cuerpos sucumben ya al delicioso mareo provocado por todo el ajetreo del día de deriva, por todo lo que hemos ido escuchando, contando y pensando, por todo el afecto compartido (y por la inestimable contribución del hachís).



Lo cierto es que derivar por nuestros tránsitos de trabajo y no-trabajo se ha revelado mucho más que una práctica cotidiana de desplazarse de un punto a otro. Para comenzar, el hecho de optar por andar en la era del coche, es en sí una práctica radical. El desviarnos de nuestros recorridos designados permite una discontinuidad de la situación de nuestras propias vidas. Tenemos la oportunidad de abandonar nuestros roles interiorizados, nuestros lugares habituales para adentrarnos en otras realidades. Realidades que están lejos de convertirse en objeto de estudio, a la vez que nosotras somos mucho más que meras espectadoras. El derivar permite atravesar con nuestros cuerpos, nuestras mentes, tales realidades y hacernos así parte de ellas. Durante nuestra travesía agudizamos nuestros sentidos y empiezan a bullir las ideas hasta que salen espontáneas y las repensamos en colectivo, las reorganizamos, desordenamos, apuntamos en una libreta mientras la otra le sopla al oído. Aquí no hay nada por descubrir, todo está tendido frente a nosotras esperando a ser interpretado, a ser hilado con conexiones.





Las manipuladoras de códigos II

Relato personal de una quinta parada imaginaria en la deriva con traductoras y profesoras de idiomas

Este es el relato de la última parada que no realizamos porque la psicogeografía es eso, un experimento ligero y rico que conducimos y nos conduce. Bueno, que no nos dio tiempo a transitar todos los lugares/lenguajes que habíamos pensado; sin embargo recorrimos otros inesperados como el que nos hizo detenernos delante de un macro-cartel de la nike en Sol que nos interpelaba a cada una de nosotras: «¿quién eres tú?», la «diva», la «yoganística», la «luchadora», o qué se yo, una negra sudorosa con guantes de boxeo, otra rubita ensimismada en posición de loto, otra rockerilla de pastel con pantalones plastificados... Una condensación de identidad(es) que hablaba justamente de lo que yo quería hablaros, del cuerpo, de la experiencia corporeizada o incorporada, como preferáis. Yo quería llevaros a la cocina, a la clase de yoga, a la cama. Como no he podido hacerlo, os cuento lo que se me viene a la cabeza.

El cuerpo es uno de los ejes que hemos definido para nuestros recorridos. Se trata de una fuente de apercibimiento y mucho más. A mí me gusta verlo así: el poder se prende del cuerpo condicionándolo, aclimatándolo, domesticándolo, poniéndolo a punto para el desarrollo de una determinada vida. El cuerpo es un efecto material, una materialización de la subjetividad. La diferencia sexual se queda en este punto un tanto corta o quizás habría que estirla en extremo en tanto elaboración artificiosa del imaginario; medusa, cuerpo de guerrillera, mantis religiosa, etc.

Hoy se ha asentado eso de que hay que cuidar el cuerpo. Existe una enorme industria destinada a hacernos pensar el cuerpo como un soporte para el consumo productivo, desde la ropa hasta la cosmética pasando por el cursillismo, la alimentación, la cirugía estética y el deporte. El cuerpo se machaca, se relaja, o las dos cosas a la vez; como pasa en los gimnasios que hay en NY en los que la gente se mete media hora a sudar la camiseta mientras la masa del exterior circula agitada frente a la cristalera. Ha triunfado la idea de que el cuerpo no es destino ni biología sino construcción, por eso la gente se encarga prótesis, se pone lentillas de colores, se va al balneario o hace bioenergética. En cualquiera de estos casos, el cuerpo se convierte en un lugar para la elaboración de identidad e identificación, y no un mero recipiente; es siempre más que soporte y que el polo opuesto a la mente. No es que el cuerpo haya dejado de dar miedo, en su desorden y en su determinismo

orgánico de enfermedad y muerte, pero es posible ejercer un cierto control sobre él y, más allá del control, cierta organización de sus actividades; esto ya lo vio Foucault con claridad.

Hay muchas mujeres que vivimos con el cuerpo tensionado y/o cansado. Esto una no lo nota hasta que ocurre algo inesperado y de repente te derrites sobre la silla o te da una crisis nerviosa. Lo cierto es que las tensiones son distintas, no es lo mismo el cuerpo que produce el «ama de casa», con su historia, sus achaques y depresiones... que el cuerpo de múltiple jornada materna; que por ejemplo el mío, hecho de retales de comunicación, interpretación y movilidad en la red y en la ciudad, atravesado por el *continuum* trabajo/militancia/sociabilidad; un cuerpo que no cumple horarios que no sean los plazos de entrega o la improvisación de lo que va saliendo, de lo que una va ideando dentro de ciertos márgenes de maniobra. Disponibilidad, adaptabilidad, cambio de registro, simultaneidad y continuidad son rasgos de mi cotidiano. ¡Ay de mí si hiciera un cálculo de a cuánto la hora!.

Yo paso bastante tiempo delante del ordenador, saltando de una ventana a otra. En este entorno hago esfuerzos constantes por desagregar un *continuum* espacial (en la casa y fuera de ella: traduciendo, escribiendo, contestando mails, bajando a por el periódico y el pan, mirando cosas en internet, hablando por teléfono, leyendo, cocinando, improvisando sobre la agenda, acudiendo a una reunión, transitando por el barrio), temporal (según me llaman o escriben, según voy estableciendo prioridades, según los plazos de entrega o las reuniones y entrevistas a las que acudo) y relacional (de la gente entremezclada con la que vivo, con la que milito, con la que hago proyectos varios, nunca sólo ni esto ni lo otro). Desagregar es lo que tratan desesperadamente de hacer algunas feministas con el trabajo doméstico no asalariado, desagregar es lo que creo que hago yo en mis quehaceres.

Para mí la cocina es un punto de ruptura, como lo es el yoga. La cocina ya la utilicé cuando escribía la tesis y no precisamente para cuidarme o cosas por el estilo, sino para cortar el rollo y enfrascarme en una actividad manual que, además, es necesaria y me proporciona placer. A mí me gusta cocinar porque es un modo de maquinar combinatorias, una pequeña parcela de resistencia; y me sale así, de repente no puedo más, me levanto y me pongo manos a la obra. A veces, como hoy, como delante de la pantalla, pero lo que más me gusta es abrir ese pequeño hueco en la cocina, disfruto más cocinando que luego sentándome delante del plato. Lo de comprar no me va nada, es de otro orden de cosas. En primer lugar está la interacción organizada en torno al dinero (he trabajado durante mucho tiempo como dependienta y odio todo lo que implique una relación de compra/venta) y luego el follón de la calle, del paseo, que está muy bien pero es otra cosa que tienes que querer y que supone una ruptura excesiva. Eso sí que es desentenderse.

Yo creo que cocinar me gusta también porque es algo que hago sola, cosa que no ocurre, por ejemplo, cuando estoy en la red donde se me cuelan miles de palabras, de convocatorias, de emplazamientos. En realidad la cocina es, en cierta medida, una parodia de mi curro porque también es discontinua: lo pones al fuego, vuelves a lo que hacías, echas un ojo, remueves, etc... un montón de micro funciones que armonizadas hacen un todo, una suerte de *stand by*; aún demasiada continuidad, demasiada proximidad, demasiadas cosas intercaladas o sobrepuestas, pero también un pequeño quehacer que combina lo mecánico y lo creativo.

El yoga es otra desagregación; está mucho más clara porque salgo de casa y desconecto totalmente. Comencé a ir a yoga por eso del cuerpo que decía antes. Una especie de estrés incorporado, de tensión deslocalizada que me constituye (quede claro que mi horizonte corporal no es el del herbolario). A mí me gusta esa tensión del cuerpo urbano que está alerta, que tiene un ángulo de mirada enorme, que ve por la espalda y se anticipa en todo momento. En fin, que es una encarnación ambivalente. Como la de mi corporeidad femenina que ha asumido un temor intrínseco que me cague en dios, pero que pelea cada palmo e interroga las posturas, los hábitos, los gestos, las miradas. Me revienta, por ejemplo, cuando en el metro el de al lado se abre de piernas instaurando un nuevo centro para el universo espacial; yo me siento y, en el acto elegante y pausado de hacerlo, le junto las piernas; una técnica depurada que pongo al servicio de las lectoras.

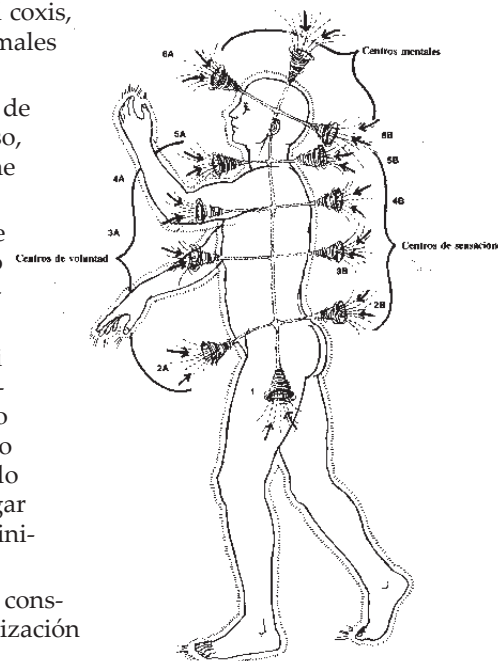
Volviendo al yoga. Yo comencé a ir por una motivación un tanto vaga, eso de la tensión que decía, y con una actitud del todo escéptica. Ahora estoy encantada porque voy viendo cómo extenderlo, incorporándolo a mi forma de caminar, de sentarme... Ya ves tú qué paradoja, desagregar, cortar, fragmentar y luego dar continuidad, extender, entremezclar. Esto mismo le pasa a otra gente que hace flamenco y que echa un taconeo entre una cosa y otra, o hace estiramientos en el bus. Llevo tres años con ello y siento modificaciones muy potentes. Sigo escéptica, sobre todo por lo que atañe al espíritu cursillista (ya veo que lo del misticismo ni siquiera hace amagos de asomar) que me revienta, pero para mí el yoga se ha convertido también en un tiempo/espacio mío. Tendríais que ver la clase; la gente llega como locomotoras y sale como malvarrosas para volver a su estado de locomotoras tras esta pausa que espero vayamos incorporando. Somos sólo mujeres, bueno este año hay un tipo; se te abre el tórax, se te mete el coxis, se te extienden las plantas como a las ranas, etc. Conjunto de cambios infinitesimales que viene con una justa proporción de esfuerzo y *momentum*. Mola.

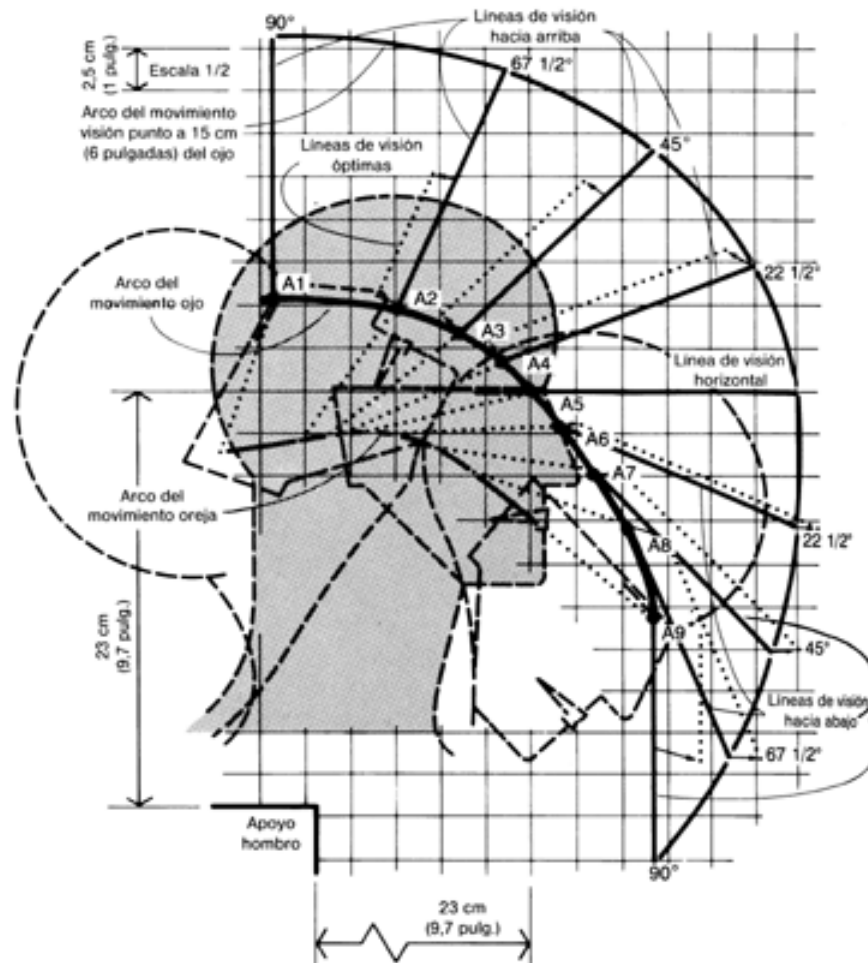
Bien, existen otras estrategias posibles. Para el trabajo reglado: el célebre fin de semana, la baja por enfermedad. Para el atípico, pues depende, el cansancio difuso, la piscina, las drogas, etc. ¿Qué cuerpo es este que tenemos? me pregunto. Y me viene siempre ese eco de la Haraway, «la intimidad de estos cambios...».

Pensar el cuerpo desde el funcionalismo (por ejemplo, cuerpo estresado que se desestresa por unos minutos para volver a la carga, sexualidad convulsiva, como de desfogue ante una disciplina espacial/temporal/relacional férrea) no basta, aunque en realidad hay mucho de eso. Yo lo llamo «puesta a punto».

Volviendo sobre la cocina, lo cierto es que yo no me voy, no corto, porque si corto y me voy de paseo siento que estoy perdiendo el tiempo (¡al loro!) y prefiero maximizar para luego cortar de verdad; aunque, la verdad, no sé si lo consigo porque soy una máquina de agregación y transferencia. Por eso es que yo combino estos pequeños cortes ¿Con qué? Pues justamente con el trabajo doméstico, con todo aquello que considero necesario, útil y no me obliga a desenchufar totalmente: regar las plantas (eso también me gusta), poner la lavadora, recoger la ropa, etc. En definitiva, soy una mujer orquesta pero sin dependientes.

Mi amante, con la que además comparto casa, dice que yo vivo en una crisis constante, que no hay un momento en el que no me asalte un imperativo de armonización





AMPLITUD DEL MOVIMIENTO DE CABEZA Y OJO EN EL ASENTIMIENTO SERVICIAL

Adaptación de Human Factors Engineering,
del U.S. Air Force Systems Command Handbook, DH1-3, P.DN2B11,19

medioambiental, un pequeño gran abismo. Yo pensaba que lo tenía más controlado, que con el tiempo había logrado organizar los tiempos y las tareas con mayor precisión, gestionando mucho mejor mi vida para que no me engulla este ritmo de embragues y desembragues. Incluso la sexualidad se inserta en esta dinámica ininterrumpida como un fragmento que corta *but not quite*. ¡A ver si no por qué te gusta follar durante la siesta! (bueno, tampoco hay que pasarse).

Y es verdad que tengo que violentar mucho la realidad para abrir un auténtico hueco. Tampoco sé si ése es el objetivo: el fin de semana requetereservado, esa obstinación con la literatura o con leer juntas en la cama, ese esfuerzo por parar el dispositivo doméstico integrado o por quedar a no se sabe qué. También es verdad que se producen hechos inesperados a cada momento, pero es precisamente esa eventualidad, ese carecer de horario y fecha en el calendario el que me obliga a «proteger» los momentos de las cosas, a maximizar el tiempo o a poner límites al intercambio. Una operación desesperada que nace de un abuso, del no poder decir no en muchos terrenos porque sé que necesito la pasta, el contacto o la oportunidad, y que soy yo, en todo caso, la que tengo que definir los parámetros y valores de este circuito integrado.

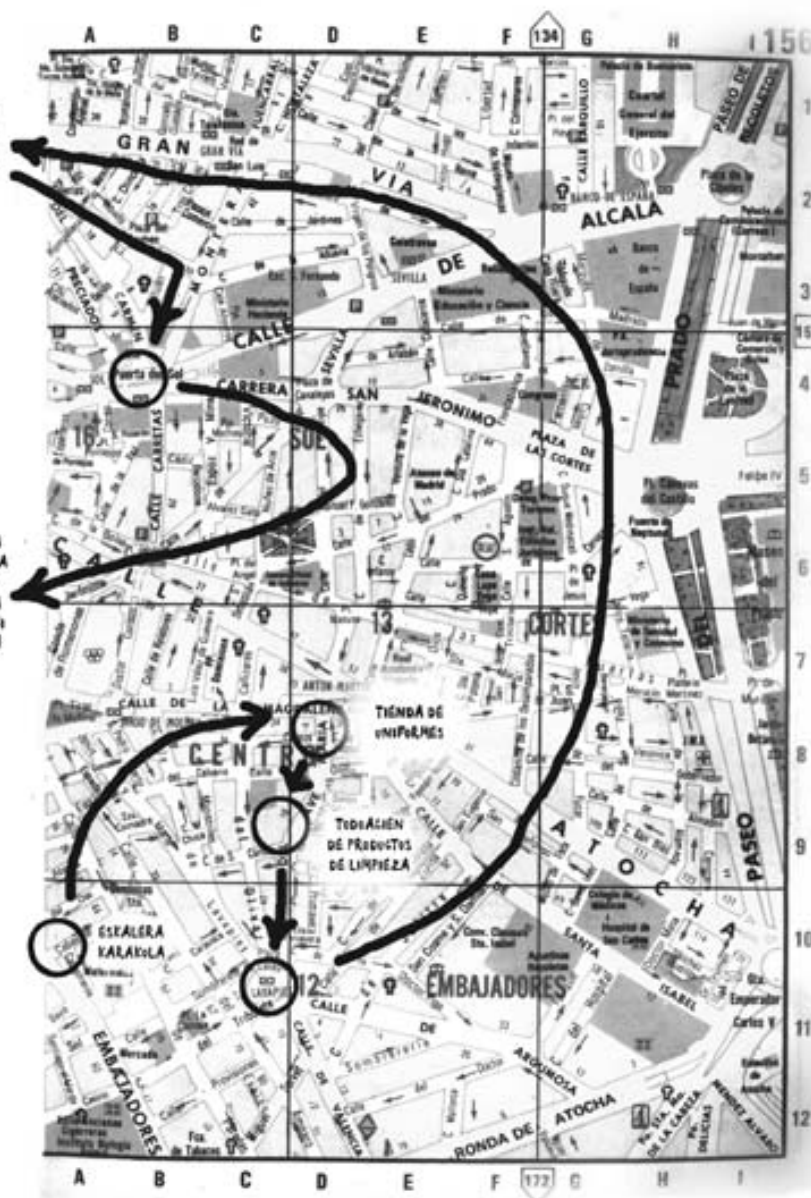
Siento el vaivén pero voy a volver ahora sobre el yoga y sobre el cartel de la nike. Lo de la nike es un cuerpo puesto a punto, un cuerpo disciplinado que ha fundido el cuidado de sí con la imagen de sí en una operación virtuosa. Las imágenes de la nike han reinterpretado la independencia femenina, la valorización del cuerpo y de la sexualidad, la fusión de lo físico y lo psíquico (lo de la materialidad de la subjetividad), la realización personal y el trabajo sobre sí. El producto final de todo ello es una representación femenina que condensa todo esto en seis imágenes de increíbles proporciones. La objetualidad del cuerpo femenino, denunciada por la Beauvoir y tantas otras, se ha hecho sujeto o por lo menos «acciona» (su propio cuerpo, los objetos, los cuerpos de otras personas, etc.).

Esto no ocurre en todos los anuncios, si no vete a ver los de Mango o la hiper-exposición de la Schieffer, pero incluso en uno tan regresivo como el de «todo un veterano» hay algo de esta «pseudo-agencia» que es la que alimenta ese «yo me fabrico una imagen a mi medida». No sé qué decir a todo esto, más que hay que seguir pensando. Definitivamente se nos ha desplazado este problema sujeto-objeto de Beauvoir, y aquí lo que tenemos que pensar es nuevamente esta asimilación o reinterpretación que el mercado está haciendo de las singularidades: singularidad-yogística, singularidad-locaza, singularidad no-global de escaparate florentino. Ya lo dijimos el 28J, «Bollera no es una marca». Dijimos también «Hagamos de nuestros deseos, nuestras sexualidades, nuestros afectos un desorden global». Bueno, hay que pensar todo esto pero para esta parada imaginaria ya está bien.

EN METRO
HASTA EL
PARQUE
DEL GUSTO

POR LINEA
TELEFONICA
HASTA LA
PROVINCIA
DE MANABÍ
(Ecuador)

FIN DE
VIATE?



Cuidado entre dos orillas

Relato a tres voces de una deriva con trabajadoras domésticas

Domingo 27 de octubre: 4:00 pm, la Eskalera Karakola

Intuiciones, preguntas, conocimientos-explicaciones-puestas en común, bocetos, la pasión de pensar a mil, de contextualizar nuestro quehacer, impresiones, grandes ideas sueltas que van integrándose en nuestra comprensión de quienes vamos siendo, andadura. Esta deriva, como las otras, fue un acercamiento a nuestra condición de mujeres precarias y el deseo encarnado en nosotras de ir construyendo la vida que queremos y, claro, destruyendo la vertiginosa precarización de nuestras vidas, con las herramientas de lo que vamos comprendiendo.

La deriva por el trabajo doméstico la planificamos tres mujeres bien distintas, con cosas bien distintas que decir y preguntar: Ismucané, una mujer ecuatoriana cuya migración a España está determinada por los hijos que dejó en su país, por la responsabilidad de garantizarles y garantizarse un futuro que quieren vivir allá, una mujer que trabaja 14 horas de lunes a sábados, a excepción del jueves por la tarde que libra y que aprovecha para limpiar por horas, y que, además, ocupa sus ratitos libres en la venta de cosméticos; Silvia, una joven estudiante española que ha tenido que servir en condiciones de pretendida horizontalidad en casa de la amiga de una amiga; y Andrea, otra ecuatoriana, ésta sin responsabilidades familiares y con cierta estabilidad económica, que eventualmente se dedica al servicio doméstico.

Claro, mujeres con tanto en común y a la vez tan distintas que deciden estar juntas tienen mucho que intercambiar y que decir a las demás; pero también preguntas clave que poner sobre la mesa a la hora de proyectar «precarias a la deriva» como un entramado femenino de producción de conocimientos y acción de conflicto y constituyente. ¿Cómo vamos a pensar nuestras profundas diferencias? ¿Cómo vamos a hacer de este nosotras un complejo armazón-nosotras hecho del despliegue de todas las bisagras, contactos y flujos que somos? Y es que, en la deriva de trabajo doméstico, vimos de manera patente fibras de lo que somos: migración legal e ilegal, condiciones económicas distintas, exigencias vitales diversas, libertades claramente diferentes, con la precarización de la existencia como condición común.

Primera parada:
Uniformes en la calle Ave María, Lavapiés

Nuestra primera parada fue una tienda de uniformes en donde, con varios trajes de sirvientes como telón de fondo, nos dedicamos a hablar un poco de la jerarquía, del cuerpo explotado, del agotamiento, de la vulnerabilidad, del uso del tiempo y de la subsunción al tiempo del capital, pero también de los saberes femeninos de cuidado y gestión del hogar puestos a trabajar sin reconocimiento, que sufren muchas mujeres inmigrantes como Ismucané:

«Los uniformes ¿Son necesarios? ¿Para quién?

Los uniformes han sido creados por los organismos de control para clasificar, distinguir, etc.

Nunca al llegar a España pensé en llevar un uniforme, eso sería mi mayor lucha interior y humillación.

Cuando trabajas de externa no necesitas uniforme, bueno, no te lo exigen como cuando estás interna, más aun si trabajas con gente de mucho dinero.

Las entrevistas de trabajo son terribles, te preguntan muchas cosas, tus estudios, tu vida, tus aspiraciones..., pero en el momento de decir tu sueldo es el más bajo posible, teniendo que trabajar muchas horas y realizando trabajos como si fueras un PULPO.

Se llega de Ecuador con muchas ilusiones, pensando que tu vida va a cambiar, que vas a conseguir todos tus objetivos y aquí te encuentras con una dura realidad. Sin considerar tus sentimientos, que has dejado a tu familia allí, estás aquí en unas condiciones de inestabilidad tanto laboral como social, con desinformación. Es como si fueras alguien diferente a otras personas que viven aquí.

El llevar uniforme es traumático, no se piensa en lo que prefieres, qué conlleva ponértelo: saber que tienes alguien que te ordena a su voluntad sin tomar en cuenta tus posibilidades, estado de ánimo, cansancio... Sólo tienes que cumplir tu trabajo, tienes que ser robot. Que sean eficientes y que no sientan, ni se quejen. Y que cuando los demás te vean sepan que estás al servicio de determinadas personas, dándoles un rango superior y unas ínfulas de grandeza. Tienes que estar siempre dispuesta con una sonrisa, claro, sin tomar en cuenta que estás sin tus hijos, haciendo cosas en condiciones de humillación, con gran cantidad de horas de trabajo y todavía con el temor de perder el sueldo si no están contentos.

Las personas que trabajamos internas estamos incomunicadas del mundo. Las salidas son los jueves o sábados después de la comida, entre las cuatro y las seis de la tarde, y los domingos, teniendo la obligación de regresar a dormir los jueves y domingos. De tal forma que en este tiempo no tienes acceso a realizar ningún trámite, ni contar con posibles trabajos o realizar tus asuntos personales (que nadie te los realiza si no eres tú) pero nada, estamos incomunicadas, desinformadas, nos aíslan para impedir que conozcamos las condiciones en las cuales estamos y podamos organizarnos para mejorarlas.

Las horas de trabajo de interna son en la mayoría de los casos de 12 a 14 horas, y con la obligación de dormir en la casa que trabajas. Realizando un sinnúmero de actividades: limpiar, cocinar, cuidar niños y tolerar toda la presión existente.

No nos pagan por el trabajo intelectual, emocional que ofrecemos, sólo nos pagan, y mal, por el trabajo físico. La experiencia de vida que llevamos cada uno, por eso no nos pagan, ni lo reconocen, pero de ella sí se benefician.

El trabajo que realizamos es muy importante: nos encargamos de cuidar niños y ancianos en su gran mayoría. Miren qué contradictorio: nos tratan muy mal y estamos educando al futuro del país y cuidando a los ancianos, los que han vivido y tienen experiencia. Nos deberían tratar muy bien y pagarnos también para realizarlo de mejor manera.

Tenemos que agregar que en cualquier trabajo que realices no se toma en cuenta el esfuerzo físico, ni el cansancio, ni peor aún, las condiciones en que lo realizas. Unas condiciones de absoluta penuria, muchas veces sin seguridad social, ni apenas dinero. Estamos excediéndonos así hasta límites insostenibles, sin importarnos las consecuencias futuras en nuestros países o donde nos encontremos.

Debemos empezar a protestar ante situaciones injustas, recordando que hemos venido a mejorar nuestras condiciones de vida, llenándonos de valor y de fuerza de voluntad para iniciar esta travesía que no es fácil, pero que hay que continuar y luchar por las condiciones en que estamos».

SOMOS PERSONAS IMPORTANTES

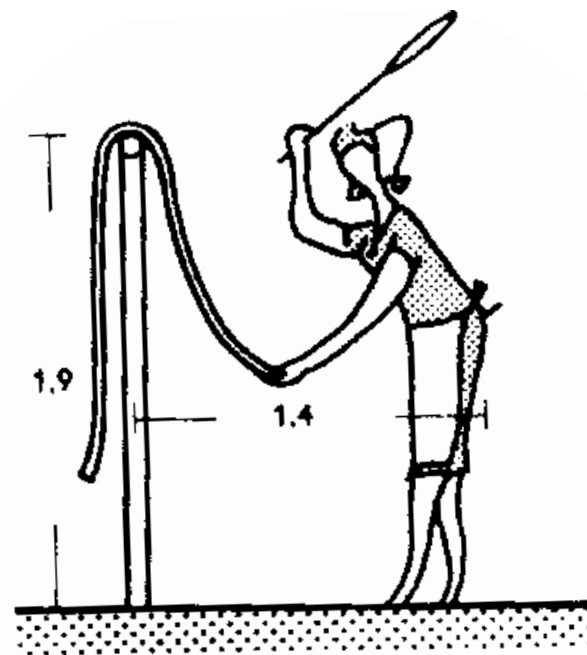
TENEMOS MUCHO QUE OFRECER Y EXIGIR

¡HAGÁMOSLO!

Entonces lanzamos una pregunta (inseparable de las que apuntábamos al inicio de este relato) que tenemos que ir respondiendo con toda la seriedad del mundo: estas son las condiciones y la fuerza de muchas de nosotras, ¿cómo son el encuentro y el espacio en el que quepamos muchas y qué vamos a construir?

Segunda parada: Ultramarinos del barrio de Lavapiés

Nuestra segunda parada fue un pequeño supermercado. Con productos de limpieza en mano, Silvia nos habló de cómo una suerte de confianza depositada en ella por su empleadora, que le daba dinero para comprar los mejores y más baratos productos del hogar, resultaba, en realidad, un trabajo bastante exigente de búsqueda, comparación, decisión y ahorro, como parte de todo su trabajo de gestión de un hogar ajeno. Su amiga-empleadora daba por sentado que como «buena mujer» sabría hacer



el trabajo o seguramente ni se lo cuestionaba, pero sí, Silvia había tenido en su madre su escuela de quehaceres domésticos.

Por otra parte, la confianza de que gozaba la obligaba al máximo ahorro para evitar suspicacias y al más exhaustivo trabajo: al fin y al cabo, se trataba de una amiga. Silvia nos contó que las relaciones laborales entre iguales y amigas no escapan de la problemática de las contratas más des-carnadas en el servicio doméstico.

Es verdad, como comentamos en una discusión sobre lo que fueron nuestras primeras derivas, que la liberación de la gestión del hogar de unas mujeres (las dueñas de casa) por otras (las empleadas domésticas) no puede resolverse con la conversión llana de las primeras en enemigas y opresoras de las otras. Esto lo fundamentó una de nosotras mostrando el valor de que las mujeres se planteen horizontes de vida públicos en sociedades como las nuestras y, cómo, aun así, estas mujeres mantienen una doble presencia entre el lugar de trabajo y el hogar, por ejemplo, por teléfono, como se ve con claridad en las burócratas. Otro argumento en el mismo sentido fueron las redes ilegales de contrata de inmigrantes, que crean ellas mismas a través de anuncios; toda la dureza de la explotación doméstica y todas sus secuelas, que a la vez permite a mujeres «sin papeles» cumplir algo de sus expectativas de viaje y liberarse, de algún modo, de sus machistas hogares de origen. Como decíamos, todo esto es cierto, pero también es cierto que las relaciones asalariadas entre mujeres conllevan inevitablemente cotas de exigencia y desconsideración muy importantes para con las que se han quedado con el «descualificado» trabajo del hogar.

Una de las paradas planificadas, pero a la que por falta de tiempo no pudimos llegar, fue la casa donde trabajo eventualmente. Mi empleadora es una mujer bastante cordial, que no se cuestiona la absoluta *flexibilidad* (que para muchas se traduce directamente como *vulnerabilidad*) de la empleada por horas a la que llama cada vez que necesita. También hay que decir que preferí este empleo porque administro mi vida y el dinero de modo que prácticamente no trabajo. Una situación que contrasta con la de Ismucané, quien, como menciono más arriba, limpia todos los días de la semana para cumplir sus expectativas económicas.

¿Esta mujer es nuestra enemiga? ¿Cómo pensar nuestra flexibilidad extrema? Eran las preguntas que preparamos para esta parada, que arriba ya empezamos a responder.

Hablando de flexibilidad, Marisa afirmó un día que es bastante más deseable que el empleo fijo, diario, de por vida; Carmen nos planteaba que no tenía ninguna intención de ser enfermera toda su vida, con lo que pasa de estudiar para las oposiciones. La clave está, señala Marisa, en pensar y crear las condiciones para administrar nosotras nuestra flexibilidad: en destruir nuestra precariedad; hay que calcular que mientras el mundo sea mundo habrá que limpiar wateres, comenta Cristina; ¡pasta ya! añade Silvia...



*De tránsito, en el metro:
Línea 3 rumbo Argüelles*

Nuestra siguiente parada fue el trayecto, la especialidad de muchas de nosotras. Elegimos el Metro para tirar de un par de fibras de este nosotras que es «precarias a la deriva»: la migración y la ilegalidad como dispositivo de control, y los trayectos metropolitanos, que son el dibujo que de la ciudad hacen las precarias, como lugar de posible encuentro-intervención.

La lectura de la denegación a la solicitud de residencia laboral de una de nosotras, por «haber suficiente mano de obra en el sector», fue la puerta para discutir sobre el asunto de la migración y el violentísimo, pero inútil intento del poder para controlarla. Sin embargo, no puedo contar ninguna reflexión aquí, no porque este no sea un asunto actualísimo para todas nosotras, sino porque el viaje fue bastante corto y lo que queríamos hacer era seguir escudriñando en el relato que Ismucané había empezado en la tienda de uniformes. Es lo que tienen las derivas, nos llevan a donde vamos sintiendo deseo de ir. Pero también dejan muchos cerrojos clave solamente descandados...

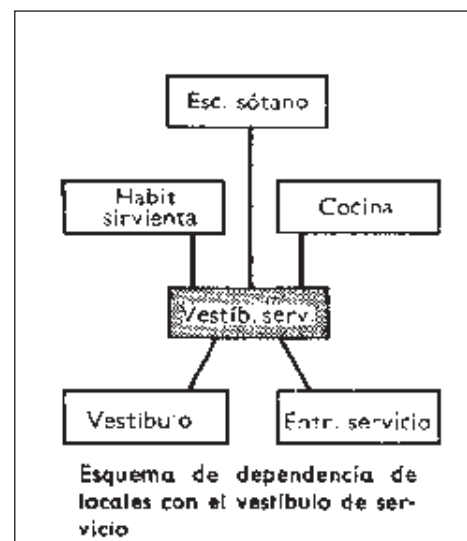
Hablar de y en el trayecto nos remite a un ensayo de Paulina (otra ecuatoriana, otra migrante, otra bisagra) sobre su ser migrante, ya no exiliada sino migrante, una figura solo esbozada que yo me apunto, que necesito construir también para mí. «Desnudarse de ciertas tradiciones y valores, en mi caso ha sido motivo de celebración (y alivio)». Quedan por destruir todo tipo de fronteras a este tránsito que muchas somos: «España me ofrece muros, vallas y miradas hostiles. Resuelvo denegar la exención de visado solicitada. *Notifíquese al interesado que la presente resolución agota la vía administrativa, y con ella puede interponerse recurso potestativo de reposición ante este órgano...* Con tanta humillación en el trabajo a mí han conseguido dañarme, te digo».

Ya dije que también queríamos aprovechar el trayecto para discutir desde la sobreexplotación de muchas, sobre nuestros tiempos distintos, de la vertiginosa movilidad a la que por fuerza estamos abocadas y desde la soledad de tantas, para reconocer que la forma de grupo asambleario con miembros estables no nos sirve a las precarias y para empezar a pensar el trayecto como lugar para ensayar la interpelación a otras y a otros. Aquí dejamos otra pregunta abierta. Ya dije que en aquel momento solo necesitábamos comprender el riesgósimo salto de Ismucané, otro de esos de los que está hecha la transgresión de las fronteras.

Tercera parada:

El parque del Oeste, rincón ecuatoriano

Nuestra siguiente parada fue el parque del Oeste, un rincón de la metrópoli reappropriado por ecuatorianos necesitados del retorno a su domingo nacional, a su encuentro en el territorio del voleibol, de las hornaderas, el aguardiente y los gritos familiares. Allí quisimos hablar con otras empleadas domésticas, es decir, con casi cualquiera de las ecuatorianas que nos podíamos encontrar. Queríamos hacer un brevísimo recorrido por sus criterios sobre sus cuerpos trabajadores, sus tiempos, sus descansos y su migración. Para algunas de nosotras, las que somos parte de esto aunque irreversiblemente ya no lo seamos, estos pequeños encuentros fueron



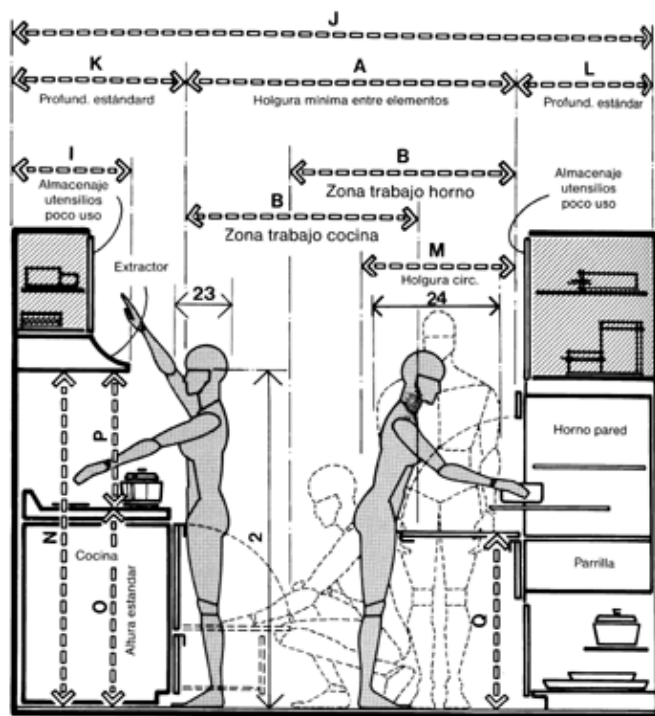
realmente apasionantes; pero para otras, las que no vienen de aquí, el contexto comunicativo era difícil. Y es que somos distintas.

Una verdad de perogrullo. En la asamblea que tuvimos para valorar lo que habían sido las primeras derivas, más diferencias clave se hicieron patentes: explicando situaciones complejas, estábamos mujeres con experiencias laborales muy distintas, feministas de largo recorrido, mujeres con experiencias diferentes frente al trabajo doméstico (unas lo ofrecen y otras de niñas lo recibían, la mayoría nunca lo habían ofrecido), migrantes salidas del cuenco de la migración que transgrede las fronteras con la valentía de llevarse al punto de máxima indefensión.

Es por haber reconocido estas diferencias que hablamos de bisagras y contactos. Es por eso que «precarias a la deriva» podrá ser un entramado femenino complejo, difuso, potente. Posiblemente una clave reside en comprender que cada una puede producir el encuentro de todas con realidades hasta ahora ajenas, que cada una puede ensayar hipótesis para poner en juego en la calle entre todas, que cada una puede arriesgar-aportar explicaciones con las que ir armando la abigarrada figura de quienes vamos siendo, todas, juntas.

Además, en el parque nos encontramos con tres mujeres: abuela, madre e hija, tres generaciones, experimento migrante de tres suertes fuertemente entrelazadas. Es la historia de Rita, una inmigrante ecuatoriana que echó raíces en Madrid haciéndose un esposo, de un trabajo fijo en un centro comercial Día y una hija. Cuando la pequeña nació, Rita trajo a su madre, María, una campesina ecuatoriana, vieja cultivadora de los productos de la tierra, vieja explotada por una vida que no sabe bien cómo vivir de otra manera. Es la historia de tres mujeres que reorganizan su nuevo territorio en función de los saberes femeninos de gestión, cuidado y sacrificio. La pequeña crece bajo el cuidado campesino de su abuela y los ímpetus modernizadores de su madre, que entiende que María, vieja explotada, no podría correr mejor suerte.

De camino a nuestra última parada Ismucané tuvo que hacer una llamada. «Hoola mijita querida...». Ismucané gestiona su casa en Ecuador por teléfono, aconseja a sus tres hijos que se cuiden, que si hay problemas en la casa no se los escondan; aconseja a su hermana y a su mamá que no le den dinero al padre de sus hijos porque no lo devuelve, recomienda que le recuerden que la luz de la casa nueva corre por su cuenta y que el teléfono ya lo perdieron por impago, les exige que obliguen a comer a Andreita que cree que está gorda, y a ésta le da consejos para mantener la figura y la salud y le recomienda que si su papá pregunta por los envíos de dinero de su mamá, le diga



COCINA

que son escasos; le dice a su padre que hable con el señor de las ventanas y que le diga que el dinero le llegará al fin de la obra y no antes...

Última parada:

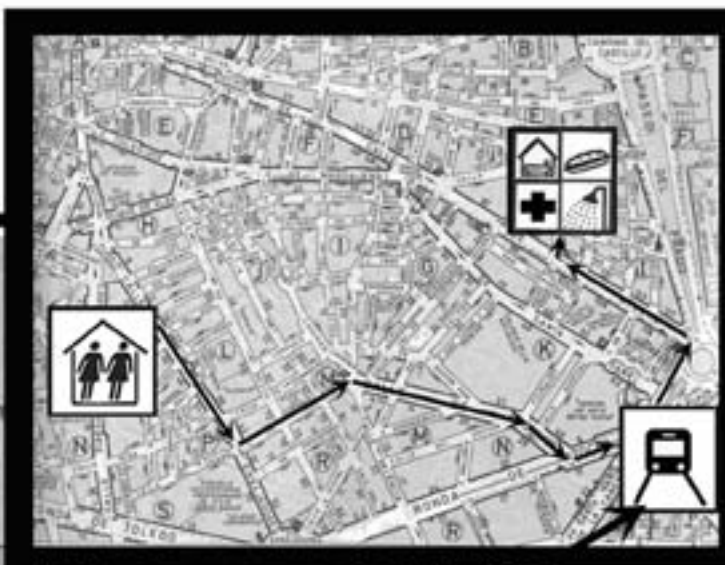
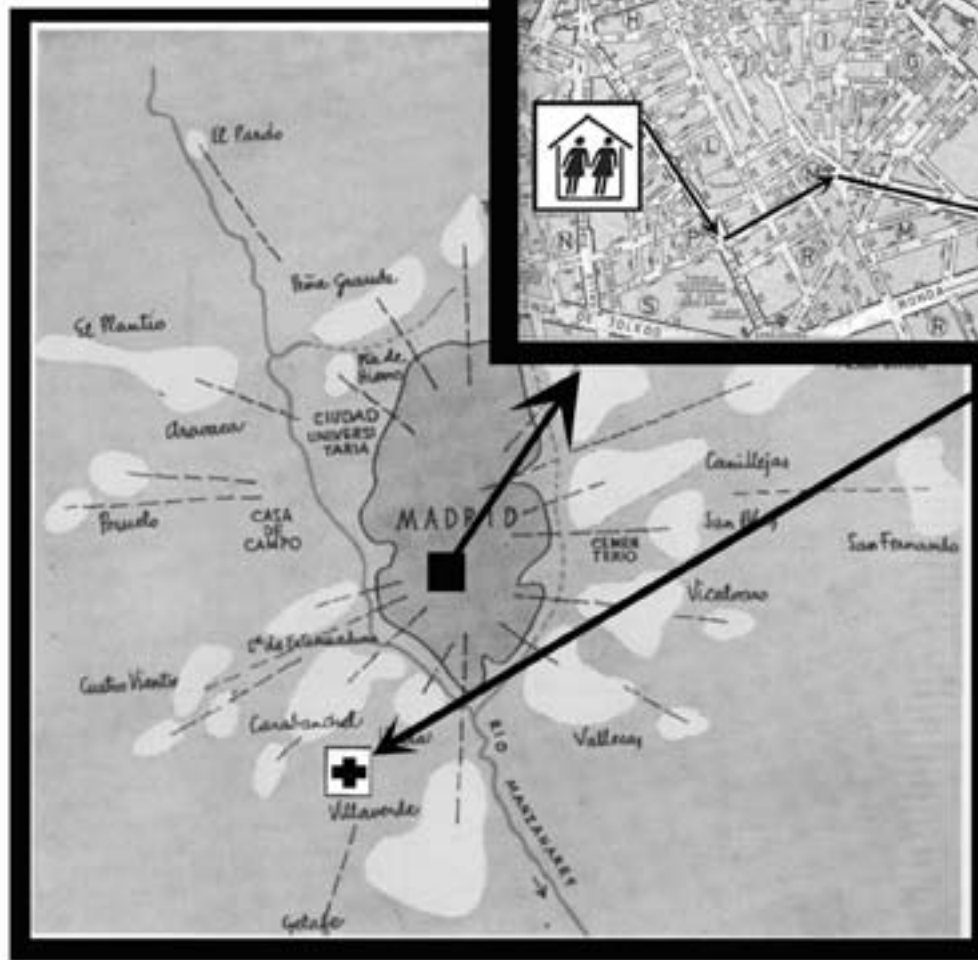
Un audiovisual

En nuestra última parada vimos un vídeo. Trataba las causas perdidas ante los tribunales de varias trabajadoras domésticas que exigían una jubilación que considerara el suyo un empleo como cualquier otro y la invalidez que sufrían como una secuela laboral. Los argumentos de peso para los jueces fueron que el trabajo doméstico no exige el mismo esfuerzo físico que otros, sobre todo con el apoyo de los electrodomésticos ¡achaques de viejas!; es así que un equipo de médicos cuantificó el gasto muscular de una trabajadora doméstica para demostrar que su trabajo es realmente más exigente y nocivo para la salud que muchos otros. Otra situación de invisibilización del trabajo doméstico.

Es interesante anotar, como comentamos en la discusión sobre nuestras primeras derivas, el plus de esfuerzo que implican los electrodomésticos: la exigencia de un trabajo cada vez más exhaustivo, con los más diversos aparatos a los que adecuar el cuerpo. Uff, y la invención de los microbios, qué lío para las amas de casa.

Otro sitio en el que queríamos pararnos y no pudimos fue la casa ocupada de la calle Murcia. El maltrecho edificio alberga en sus apartamentos las más diversas familias inmigrantes: un joven migrante que invita a su casa a compatriotas que no tienen dónde estar, con lo que en el piso viven algunas madres con sus críos, un par de chicas en paro, y algún otro hombre; enfrente varios hermanos y una hermana comparten piso; más abajo hay una familia casi completa... en fin.

Nosotras queríamos hablar con las mujeres de aquel edificio muchas de ellas empleadas domésticas, todas ellas amas de casa, casi todas inmigrantes con expectativas económicas y ocupas en una ciudad donde vivir es un lujo. Aquí sí que quedaron mil preguntas por hacer.



La salud en el alambre

Relato de una deriva con una enfermera social

Viernes 22 de noviembre:

Nos enrumbamos a Orcasitas acompañadas por una enfermera con experiencia en múltiples trabajos en el sector de la salud y el cuidado. Nos espera una tarde fascinante de oídos atentos, ojos curiosos, y mentes procesando ideas a una velocidad más rápida que la que nos da el boli y el papel. En el camino, nuestra guía nos cuenta sobre sus trabajos: un centro de acogida a drogodependientes ubicado en la calle Fúcar, un ambulatorio en Orcasitas, y el más reciente, profesora de auxiliares de enfermería y cuidado de mayores a través del IMEFE.

El ambulatorio de Orcasitas es el antiguo lugar de trabajo de esta enfermera precaria y el actual de su madre, también enfermera y que además en su tiempo libre ha formado un grupo de mujeres maltratadas con las que se encuentra semanalmente. En la conversación con Carmen, nuestra guía, nos habla de la historia laboral y de la lucha personal de su madre, y la suya propia, y descubrimos que la precarización del trabajo se ha agudizado de una generación a otra. La madre de Carmen, con quién lamentablemente no pudimos contactar, es una mujer con una larga trayectoria de lucha. Migrante de Chile hace 24 años, con una niña en el vientre, volcó su vida en su profesión para convertirse en una enfermera que todas quisiéramos tener; enfermera de total entrega a sus pacientes.

Carmen mantiene un fuerte vínculo con su madre y es evidente la influencia y motivación que ésta ha inspirado en la hija. Sin embargo, existe un salto generacional en actitud y visión sobre la vida. Sabemos que la hija se presentará a oposiciones por consejo de su madre, pero ella nos aclara que no se plantea nada definitivo. Por un lado, las oportunidades de un trabajo garantizado de por vida son prácticamente nulas en el mercado laboral, pero por otro, esta nueva generación precaria rehuye del concepto *trabajo-vida* como una unión inseparable. A diferencia de antes, cuando nos preguntaban quienes eran nuestros padres y contestábamos nombrando su trabajo, ahora la asignación de la identidad según la profesión es imposible y absurda. Somos mucho más que

teleoperadoras mal pagadas, cajeras explotadas, traductoras sin contratos.... Nos identificamos con una complejidad de cosas que no se limitan a lo laboral.

Mientras que la madre trabaja para el Insalud como funcionaria, Carmen trabajaba allí como enfermera interina para cubrir suplencias. Aparte de este salto en las condiciones laborales, descubrimos una vez más que el acceso al trabajo se da a través de nuestras propias micro redes de cooperación que creamos con el tiempo, por el boca a boca, y algún que otro elemento de suerte que, si no aparece, nos produce gran ansiedad. Es así como Carmen entró a trabajar en el ambulatorio de Orcasitas: tras el aviso de su madre de una plaza libre de suplente para cubrir bajas por enfermedad, maternidad, o días de asuntos personales de las enfermeras.

Los diferentes tipos de contratación jerarquizan a las trabajadoras y esto produce un complicado y burocrático sistema promocional. Una enfermera contratada que aspire a convertirse en funcionaria debe pasar por un largo, estrecho, y complicado camino. O bien oposita junto con otros cientos de enfermeras, en caso de que hubiese oposiciones o, con paciencia y perseverancia, se dedica a acumular puntos hasta tener la puntuación requerida para «ganarse» un puesto fijo. Este sistema de puntos provoca una gran competitividad, como en cualquier juego donde el marcador determina quién gana y quién pierde. Se añaden puntos por formación, por asistencia a congresos y seminarios, por matrículas de honor, publicaciones, docencias, y más méritos acumulables. Someterse a esta competencia de puntuaciones puede implicar someterse a más precariedad, ya que entregas el tiempo de tu vida para conseguir la suma necesaria de estas ecuaciones matemáticas que nunca cuadran.

Al hacer un recuento de su historia laboral, nuestra guía reconoce haber podido abrirse un camino en su campo profesional. Comenta que todas las demás enfermeras de su promoción optaron por migrar y buscar trabajos en otros países. Existe una fuga de enfermeras hacia países de la Unión Europea y Estados Unidos donde consiguen un puesto de trabajo que está, además, mejor remunerado. Carmen nos cuenta que hay una gran demanda de enfermeras españolas porque el rumor de que aquí las enfermeras son hiper-veloces-multifacéticas-trabajadoras de largas horas-ingeniosas-con capacidad para despachar a pacientes con pocos recursos, se ha escapado de los muros del Insalud del barrio y ha cruzado fronteras.

El proceso de privatización que sufre el sector de la salud también ha precarizado el trabajo de enfermeras, especialmente de aquellas que dan servicio a domicilio. Esto implica que trabajadoras contratadas por empresas como Eulen, por mencionar una, tienen contratos temporales, mal remunerados, y que además cubren un número excesivo de pacientes. Curiosamente, vemos que la privatización es un factor común en muchos sectores que aparentemente son gubernamentales. Por ejemplo, el centro de acogida de drogodependientes en la calle Fúcar, (antiguo centro de trabajo de esta enfermera), también es gestionado por una empresa de contratación: Alma Ata. Poco nos debería sorprender si, al fin y al cabo, todos los centros de asistencia a drogodependientes de Madrid son gestionados por empresas de servicios intermediarios. Esto explica el contrato por obras que tenía Carmen durante el tiempo que trabajó en la calle Fúcar; un contrato con fecha de caducidad a voluntad de la empresa.

La privatización va reduciendo cada vez más el espacio de los recursos públicos, y esto, como nos muestra Carmen, es terrible a la hora de tener que trabajar con la gente. Ante las necesidades,

por ejemplo, de los drogodependientes, los límites entre los recursos que se disponen en este servicio de atención y tu propia entrega como trabajadora se desdibujan: una se acaba convirtiendo en el propio recurso, porque, ¿quién y cómo le explica a la persona que busca pasar la noche en un sitio caliente en pleno invierno, que no hay espacio suficiente para ella? ¿Quién gestiona la mantequilla para que ellas y ellos puedan hacer posiblemente única comida diaria? En el centro de Fúcar, no sólo faltan recursos de todo tipo para poder realizar una atención adecuada, sino que el espacio es reducidísimo (lo comparten con la Cruz Roja). Carmen nos narra, cuando todavía estamos en el ambulatorio de Orcasitas, las penurias de la mantequilla, el frío y el aglutinamiento.

Condiciones que se repiten cada vez más en la sanidad y que producen economías de otro tipo. Economías sumergidas de bolsas de medicamentos, de tratos con los pacientes fuera de los cinco minutos estipulados por visita médica, de horas extras, de trabajos fuera del horario laboral como en el caso de la madre de Carmen: los grupos de mujeres que ha conseguido crear y mantener en el ambulatorio es un trabajo no reconocido que ella misma, como nos cuenta Carmen, ha tenido que pelear e introducir como parte de su vida. Trabajar para el sistema o aceptar la burocracia y la tecnocracia en un trabajo como la sanidad, es la disyuntiva a la que se enfrentó la madre de Carmen. Elegir lo segundo (frente a lo que a veces, nos cuenta, no queda otro remedio) da pie a toda una serie de mecanismos que se generan en redes cooperativas en las que estas mujeres ponen al servicio del cuidado todos sus saberes, afectos, capacidades de relación, tiempos, quebraderos de cabeza, goces... En definitiva, «toda una vida que –comenta Carmen mientras nos lleva a la minúscula habitación con una mesa y ocho sillas donde se reúnen las mujeres los lunes – tiene mucho de vocacional».

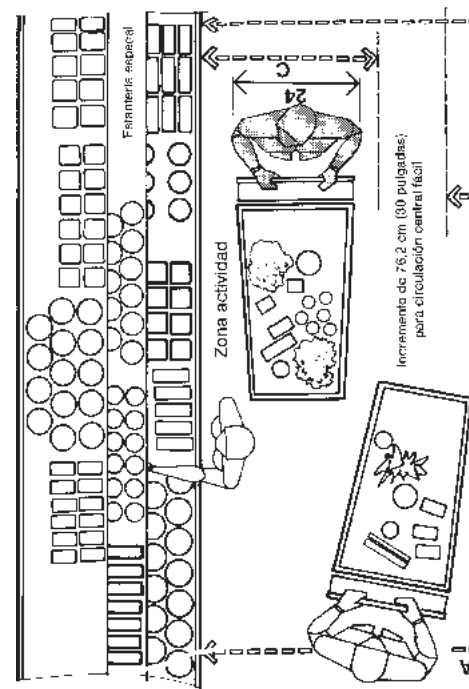
El exceso y la incommensurabilidad de este tipo de trabajos es patente en cada rincón por el que andamos: enfrentarse con los problemas cotidianos de la gente sin un modelo de receta en la mano (porque tanto Carmen como su madre tienen claro que las necesidades son indisociables de las condiciones sociales, económicas, de género, culturales, étnicas, etc.), supone un desgaste emocional y una batalla continua. No someterse al chantaje de los incentivos y a las presiones de los recortes, de la precariedad del espacio, de los contratos o de la propia formación (sobre la que Carmen insiste mucho: «de lo que te enseñan a lo que verdaderamente son las necesidades reales va un abismo»), plantea conflictos constantes de los que la Administración no se hace ni mucho menos cargo.

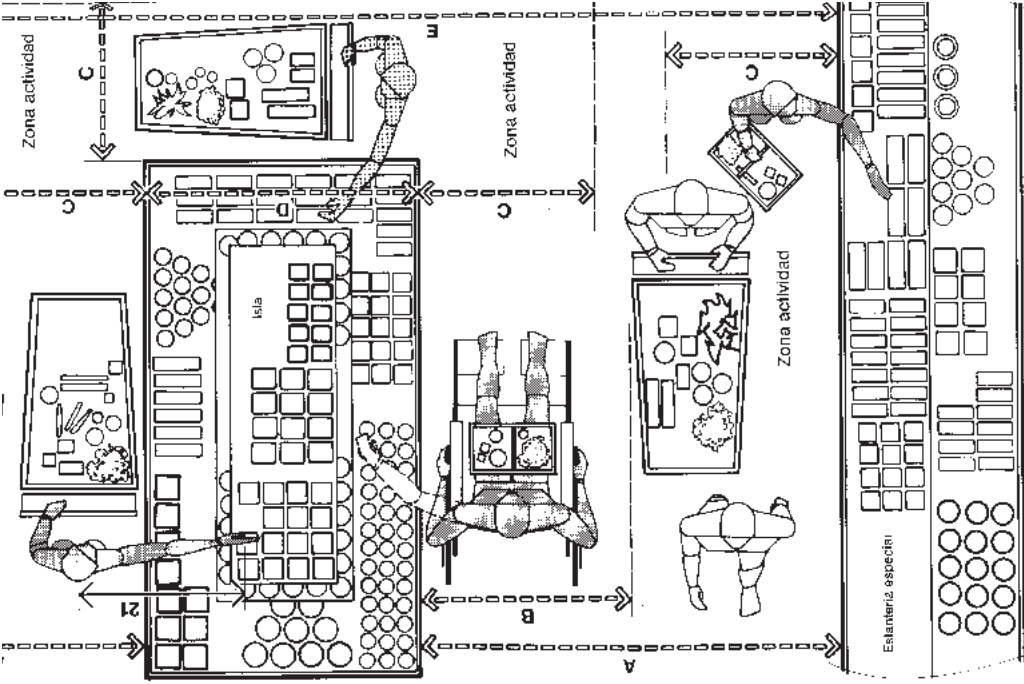
Las enfermeras tienen que conseguir un equilibrio entre las instrucciones contradictorias que reciben constantemente. Por un lado se someten durante años a aprendizajes académicos que las enseñan a curar pacientes con medicamentos y amplios recursos, pero por otro, se ven limitadas frente a la insistencia por parte de la Seguridad Social de que receten lo menos posible y así crear menos gastos. Insistencia que se manifiesta en forma de salario, ya que se recompensa con incentivos a quienes casi no recetan, utilizan los menos recursos posibles, atienden al mayor número de pacientes por minuto. La contradicción entre formación y práctica es otro aspecto que causa mucha frustración. Una enfermera formada para tratar casos patológicos varios, depresiones, etc. descubre al asistir a su paciente en el domicilio que ésta no necesita de sus cuidados y saberes, sino que le solicita que limpie la casa.

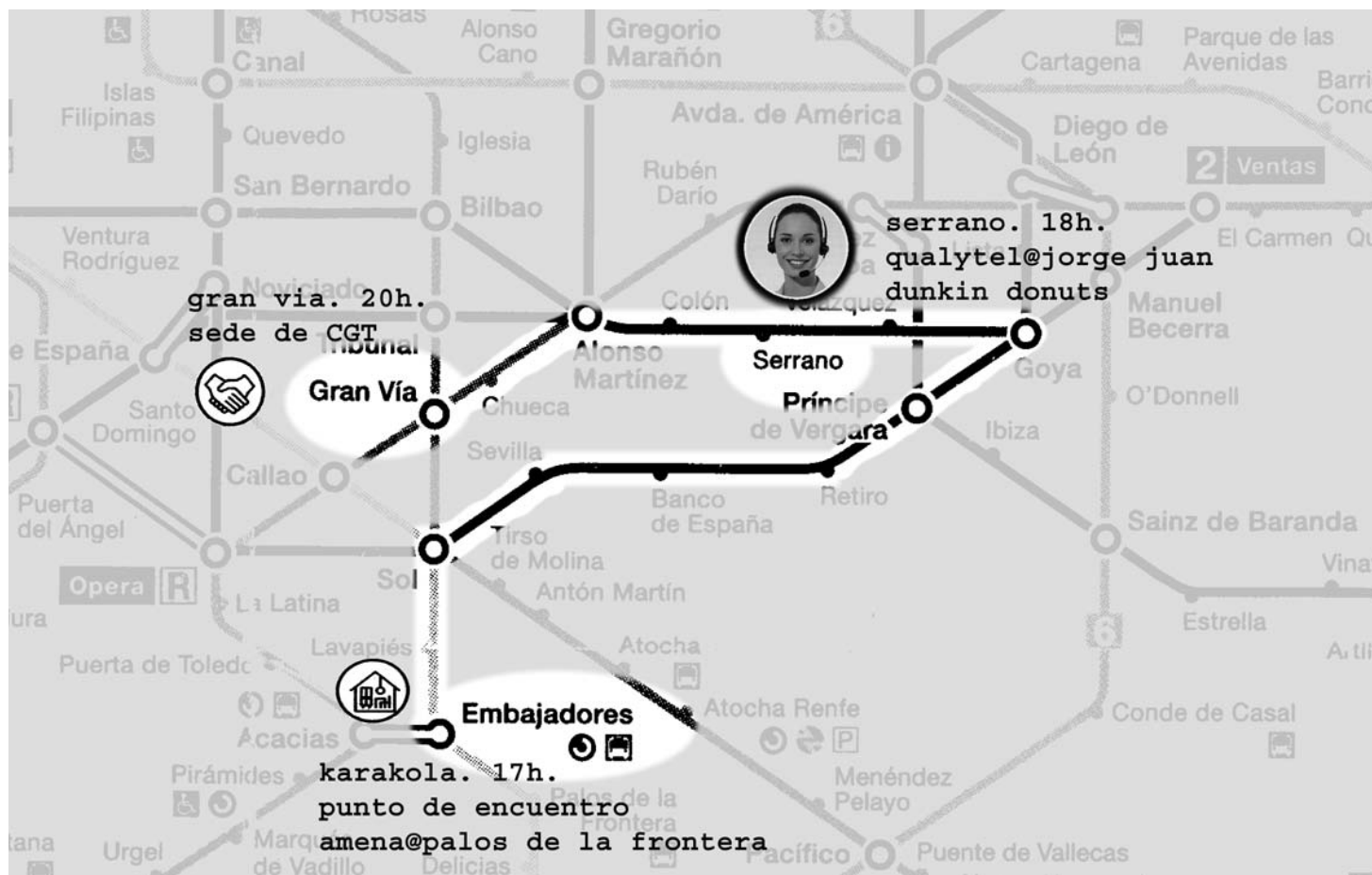
El trabajo de cuidados como lo entiende Carmen es, por tanto, una atención integral que en muchas ocasiones lleva a procesos de desgaste de las trabajadoras: ¿cómo conseguir separar un

trabajo así de tu propia vida? Mientras marchamos en el autobús ella nos sigue contando: «es cuando te enfrentas a situaciones así cuando la conciencia de ti misma, de tu propio autocuidado y del valor de esto, cobra una importancia vital». Frente a los otros, un aprender a cuidarse a una misma que, sin embargo, no es nunca del todo real, porque en Fúcar, en ese centro casi invisible en pleno corazón de Madrid, las trabajadoras sacrifican muchas veces su propio sueño para poder realizar otras cosas. Sólo podemos charlar durante cinco minutos en este centro: no dan abasto con el trabajo.

Vamos bajando por la calle Montera, cámara guardada y pensamientos que se agolpan tras esta nueva deriva.







Sin el mute

Relato de una deriva con teleoperadoras rebeldes

Domingo 1 de diciembre: 4:00 pm, La Eskalera Karakola

Como casi todas las semanas, desde hace ya casi un par de meses, aunque ahora con muchos menos grados de temperatura (que no de entusiasmo), esperamos para iniciar la última deriva de esta primera etapa. Enseguida llegan las dos trabajadoras de *telemarketing*, ahora reconvertidas en expertas guías de deriva.

Primero nos llevan a su casa para recoger las llaves del piso de la sede del Sindicato de Transporte y Comunicaciones de CGT al que pertenecen. Nos cuentan como se conocieron: ambas recibían un curso de oposiciones para telefónica, un día coincidieron en el metro, «qué casualidad», «¿y dónde te bajas tú?», «pues yo también, qué curioso», «¿y vas también por aquí?», «pues igual que yo», «pero, ¿en qué calle vives?», «¡anda! En la misma que la mía»... pues nada, andan-do andando juntas hasta que se dan cuenta de que viven en el mismo portal.

Primera parada:

Edificio de telemarketing de Amena, en la calle Palos de la Frontera.

Estamos frente a un edificio de varios pisos, tiene todas las luces encendidas, pero ningún signo de vida en su interior: hoy es fiesta y las oficinas están cerradas. En principio, es un edificio de oficinas normal, tipo aséptico-práctico. Lo que llama la atención es la presencia de los dispositivos de vigilancia de la entrada (un escáner para bolsos, cámaras de vigilancia,...) pero, sobre todo, la falta de cualquier tipo de distintivo, logotipo, panel, que indique que se trata del edificio de una empresa con nombres y apellidos, de un espacio de trabajo. Ni rastro.

Frente a este elocuente camuflaje, nuestras guías nos comienzan a explicar el complejo entramado de las compañías de *telemarketing*: nos hablan de su propia empresa, de la falta de formación, del contenido del trabajo, de la identificación o no con el mismo, de lo que este trabajo puede afectarte y de las defensas que se crean para que esto no suceda.

Algunas empresas (como Amena) realizan sus propios trabajos de *telemarketing* y disponen de sus propios espacios de trabajo equipados a este efecto. Pero la empresa a la que pertenecen nuestras compañeras, Qualytel, es una empresa cuyos empleados/as trabajan en campañas de *telemarketing* para otras empresas, en régimen de subcontrata. Qualytel cuenta con 600 empleados/as a su cargo, carne de subcontrata, algunos se encuentran en sus propios edificios, a otras se les envía a los inmuebles de la empresa o a la institución para la cual estén realizando la campaña de turno. Estas campañas tienen una duración variable (lo mismo las hay de un mes que de 10 años) y se llevan a cabo para todo tipo de empresas o instituciones clientes (para el Insalud, el Instituto de la mujer, Madritel...).

Para entrar en la empresa lo que te piden es facilidad de palabra. Luego ya, según la campaña, pueden exigir unos conocimientos más específicos: para la de Telepadre (asesoría para realizar la declaración de la renta), por ejemplo, se pide la carrera de económicas o de empresariales. Entre las personas que acuden a este tipo de trabajos hay un porcentaje muy alto de gente joven y universitaria (en torno a un 70 por 100). Aunque ahora está entrando también gente más mayor, gente de mediana edad que se encuentra en el paro y no tiene más remedio que currar en lo que hay. También existe un componente elevado de mujeres: por una parte, es cierto que éste parece el tipo de trabajo que corresponde al perfil que se tiene de las mujeres, que requiere las típicas cualidades asociadas al género femenino como la amabilidad, la sonrisa permanente, la capacidad de comprensión, de comunicación, de afecto... Por otra, es que son principalmente ellas, nosotras, las mujeres, las que se presentan a las entrevistas ¿acaso porque también somos las más afectadas por la precarización del mercado laboral?

En la empresa, la formación que reciben las empleadas/os es escasa o nula. Anteriormente, antes de recibir el contrato se solía pasar una semana en un curso de formación no retribuido (ahora, por convenio, estos cursos han pasado a ser de tres días), tras el cual te podían contratar o no. Durante este tiempo, la formación consiste en estar trabajando gratis: lo que aprendes, te lo enseñan tus compañeras/os. La empresa, eso sí, te enseña ciertas palabras tabú, palabras que nunca se han de decir al cliente, te enseña por ejemplo, que una empresa nunca tiene problemas, sino incidencias. También te enseña expresiones como la del túnel negro (cuando te pones a consultar datos y dejas al cliente colgado esperando) o la de la sonrisa telefónica (esa sonrisa automática, de amabilidad forzada, cuando contestas a una llamada). Al principio, todo el mundo está asustado, piensas que no sabrás cómo atender una llamada, que no encontrarás qué decir: pero enseguida te das cuenta de que tras las primeras cinco llamadas que recibes, el resto serán semejantes... Pero es cierto que no todas las campañas son iguales: es muy distinto llevar a cabo una televenta, que atender llamadas de urgencia del 061 (Insalud) o de mujeres maltratadas de la línea 900 (campaña de malos tratos del Instituto de la Mujer). Aunque para la empresa todo es lo mismo: no existen protocolos para estos trabajos más delicados que se desempeñan sin haber recibido ningún tipo de formación especial (se aprende, como siempre de las compañeras/os) y se les aplica la misma

política despiadada de obtención de beneficios. Esto significa que has de hacer de tripas corazón y, si te llaman al 061 para pedir una ambulancia, tu tarea consiste en convencer al cliente para que renuncie a ella y acuda al ambulatorio más cercano o, si hablas con una mujer que acaba de ser maltratada, has de intentar que la llamada sea lo más breve posible, de desviarla cuanto antes al psicólogo o al abogado, según el caso. No hay seres humanos del otro lado del hilo, sólo clientes, fuentes de beneficio. Así que a la empleada se le pide también un a cierta «deshumanización».

¿Cómo te afecta esto? Pues mucho. Te pasas ocho horas al día recibiendo llamadas, así que llegas a casa y, si suena el teléfono, al descolgarlo contestas con un inevitable «¿Madritel, dígame?». Cómo tú trabajo consiste sobre todo en aguantar broncas, mucha gente se amarga muchísimo. Tienes que empeñarte de veras para impedir que tu carácter se vuelva más seco, para aprender a desconectar y seguir siendo capaz de sonreír de verdad (en vez de poner la «sonrisa telefónica»). Esto exige una dura mentalización: asumir eso, que tú intentas hacer las cosas lo mejor posible pero es que en general no puedes hacer nada, no es tu responsabilidad y además no cuentas con los recursos para solucionar el problema técnico o humano de la persona a la que atiendes, que muchas veces está enfadada y se desahoga contigo, te descalifica, te tacha de incompetente. Y tú, pues eso, a aguantar el chaparrón y repetirte una y otra vez: yo hago bien mi trabajo, no soy una incompetente, sólo que mi tarea se reduce fundamentalmente a esto, a aguantar el chaparrón. Aunque quizá lo más decepcionante, lo que más afecte, sea el ambiente de trabajo y la inestabilidad. No sé como lo han logrado pero, a pesar de las deplorables condiciones de trabajo, han creado un ambiente de agresividad, de fuerte competitividad. Ya no consiste en que hagas bien tú trabajo, sino en que lo hagas mejor que el resto.

Es todo muy contradictorio. Por un lado, la gente que llega piensa que éste va a ser un trabajo transitorio, aspiran a algo mejor. Hay un importante porcentaje de universitarias/os que se han creído aquello de que si estudias conseguirás un trabajo adecuado a tu formación. Para ellas/os, toda esta aventura del *telemarketing* no es más que algo pasajero, hasta que encuentren su verdadero trabajo. Cuando en vez de tres meses, te tiras tres o más años y cuando después de probar en otros curros, vuelves al desempleo y caes de nuevo en el *telemarketing* (que siempre queda ahí como alternativa), esta gente se frustra, piensa que no ha logrado lo que se esperaba de ella, que no ha conseguido realizarse. Por el contrario, también hay mucha gente que está encantada. Gente que viene de curros precarios aún peores (telepizzas, buzoneo, mensajeros, empleados de hostelería,...) y para los que este trabajo de oficina supone un mejora. Estás calentita/o, sentadita/o y puedes aparentar que trabajas para una empresa importante. En vez de currar para Qualytel, siempre te queda la opción de decir que lo haces para Madritel o para el Insalud, para esa empresa cliente que subcontrata los servicios de Qualytel. Además, muchas empresas de *telemarketing*, como Qualytel, instalan sus oficinas en zonas caras de la ciudad (en el barrio de Salamanca, en la Moraleja), de modo que también cabe presumir de que trabajas en Jorge Juan, por ejemplo.

De tránsito:

Bus 27 rumbo al Barrio de Salamanca

Ya se ha hecho de noche y viajamos en el autobús por las calles engalanadas para la próxima navidad, desbordantes de luces que iluminan los comercios decorados con deprimentes y brillantes adornos, las gentes corriendo de tienda en tienda cargadas de bolsas, el absurdo cada vez más inesquivable de esta estúpida celebración.

Nuestras guías de deriva nos siguen sorprendiendo con todo lo que nos cuentan, con su divertida y lúcida expresividad. Les preguntamos por la competencia, a la que habían aludido previamente. Ésta se fomenta principalmente a través de un engañoso invento, denominado «promoción horizontal», que consiste en un proceso de elección-selección que te permite cambiar de una sección a otra. Es promoción, porque te seleccionan dentro de tu sección como una de las mejores trabajadoras y eso te permite sentirte orgullosa. Es horizontal, porque pasas a otra sección con responsabilidades parecidas, horarios parecidos y remuneración parecida. En fin, una promoción tan absurda que se puede dar el caso de que, tras haber sido promocionado horizontalmente varias veces, acabes volviendo a tu sección de partida: eso sí, ¡con mucho más prestigio! Otro elemento para fomentar la competencia es la figura de los coordinadores/as, que son los encargados de presionar y controlar a los equipos para incrementar su productividad. Al principio, escogían para el puesto de coordinador a la gente con más experiencia como teleoperadores/as. Es lógico: si conocían más el trabajo podrían, también, coordinarlo mejor. Pero enseguida se dieron cuenta de que esa gente estaba demasiado quemada, que precisamente haber sufrido el trabajo de teleoperador les hacía más refractarios a convencer a sus compañeros de que agilizaran sus llamadas o de que no se escaqueasen. Así que han terminado captando a los coordinadores/as entre las nuevas empleadas/os, más manipulables, gente recién llegada y más ingenua a la que todavía se puede vender las historias de la empresa.

Las calles siguen corriendo a través de las ventanas del autobús. De la estridente iluminación de la Gran Vía hemos pasado al insultante lujo del Barrio de Salamanca: los inaccesibles escaparates como el de Loewe muestran impúdicos sus absurdas mercancías de ostentación, sus exorbitantes precios. Te deberían llevar con los ojos vendados hasta el trabajo, porque lo que cobras vuelve obscenos los precios de lo que ves, nos dice una de nuestras compañeras.

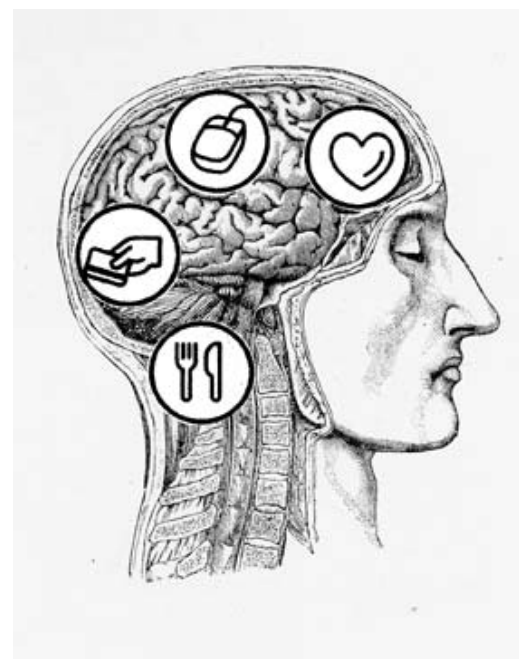
Segunda parada:

Qualytel, en la calle Jorge Juan

Los pisos de la empresa Qualytel pertenecen a un edificio muy cuidado, antiguo y señorial, típico del barrio. Tampoco aquí se aprecia ningún signo externo de la presencia de la empresa. Sólo dentro del portal, frente al ascensor, en un folio pegado con celo a la pared, se puede leer: Qualytel, plantas primera y segunda.

Subimos hasta el segundo piso: es una casa inmensa, antigua propiedad de una familia de noble apellido, de techos altísimos y bien pintados, con su suelo revestido de cuidado parquet y lleno de detalles, bellas molduras, finos alicatados, que revelan su origen ilustre. En una de las oficinas hay unas chicas trabajando en no recuerdo qué campaña. La casa está dividida en varias estancias que corresponden a las distintas oficinas de las teleoperadoras. El espacio de cada una de estas estancias está aprovechado al máximo, los puestos de teléfono se reparten de tres en tres, como en forma de trébol, así que el cacho que te toca para trabajar, separado del resto por una mampara, es como un pequeño triángulo provisto de monitor, teclado y cascos. El metro cuadrado está hasta tal punto apurado que no te permite echarte hacia atrás desde tu silla de trabajo, si no quieres chocar con otra teleoperadora. Lo que más llama la atención es lo impersonal del lugar, ninguna foto colgada, ningún objeto personal, nada. Es que, nos cuentan, no tienes asignado un lugar fijo. Tú llegas por la mañana y buscas un sitio libre, el que haya: así que no te toca casi nunca con las mismas personas al lado. Los espacios comunes también son mínimos. Se reducen a una terraza acristalada con vistas a un patio interior, muy cuca, eso sí, pero liliputiense: en la mesa apenas si caben unas 15 personas y apretujadas. Junto a ella, una especie de cocina diminuta (lo que llaman el *office*), con dos máquinas de bebidas y un microondas para calentar la comida del *tapper*. Y eso es todo: teniendo en cuenta que aquí trabajan más de cien personas... Parte de este espacio (la terraza) se dejó para comer después de una dura batalla: al principio no se podía comer allí para no manchar. Así que los trabajadores tenían que ir a comer a la calle. Si protestaban, se les respondía que estaban en el centro y que tenían a su alrededor muchos sitios donde comer. Sí, pero ¿cómo comer en el barrio de Salamanca con las 115.000 pts. de sueldo de tu contrato por obra? ¿Cuándo, si sólo dispones de 20 minutos para la comida? Las condiciones de trabajo son increíbles, tienes que luchar por cosas absolutamente básicas: por ejemplo, por los cascos individuales. Algo que es una medida de higiene mínima costó mucho tiempo de lucha. En la empresa nunca dicen que no, claro, pero siempre han de hacer unos estudios de viabilidad, y el de los cascos, en concreto, duró dos años y al final del mismo se resolvió con la concesión de unas míseras almohadillas individuales (ese acolchado de gomaespuma que llevan los cascos).

Y, ¿de qué manera se controla a las trabajadoras en Qualytel? Pues, en primer lugar, las llamadas se graban. En teoría esto es ilegal: se pueden escuchar las llamadas pero no está permitido grabarlas, porque no sólo se graba la voz de la teleoperadora sino que también queda registrada la del cliente. De hecho, esto se ha denunciado en Castilla y León y parece que se ha ganado el juicio. Así que estas grabaciones están en mano del Departamento de Informes, que siempre tiene la posibilidad de recurrir a ellas cuando se desee echar a alguien. También está la figura de los coordinadores, cuya función consiste principalmente en el control de sus compañeros de trabajo. Y es que se controla hasta las veces que vas al W.C., de hecho, tienes que pedir permiso cada vez que tus necesidades fisiológicas apremian. Una lucha reivindicativa usó precisamente esto del permiso para ir al servicio como forma de protesta: toda la gente se puso de acuerdo para ir al W.C. al mismo tiempo, lo que produjo un colapso total. Lo único que cuida la empresa



es su imagen: cuando vienen visitas (de la empresa cliente, por ejemplo), es preciso ordenarlo todo, que no haya nada tirado por las mesas o el suelo, que las chaquetas desaparezcan de los respaldos (sí, pero ¿dónde colgarlas?), que todo el mundo esté sentado y callado (salvo para atender las llamadas), como en el cole.

Tercera parada:

Sede del Sindicato de Transportes y Comunicaciones de CGT, en la calle Fuencarral.

Otra nueva vuelta en bus (previo descanso en el Dunkin Donuts donde nuestras guías de deriva se tomaban el café: único lugar asequible cercano al edificio de Qualytel) nos lleva hasta unos locales de la CGT. Allí, después de ver y escuchar acerca de las escandalosas condiciones laborales de las trabajadoras del *telemarketing*, nuestras animosas guías van a recompensarnos con algo que no nos dejará irnos con mal sabor de boca: los relatos de sus luchas.

Hace dos años se produjo un proceso de huelga en Qualytel. El acontecimiento precursor fue una manifestación para impugnar el primer convenio de *Telemarketing* convocada por CGT. En la mani, nuestras compañeras se encontraron con algunos compañeros del trabajo, con dos concretamente, y entre este pequeño grupo inicial comenzaron a urdir un plan de acción reivindicativo. Se decidió crear un comité de empresa: era la única manera que veían para comenzar a exigir mejoras de las condiciones laborales, sin el riesgo de despidos. CGT dio el apoyo necesario para llevar a cabo todo el proceso burocrático de constitución del comité: tras su preaviso a la empresa de una convocatoria de elecciones, se empezó a montar clandestinamente la lista. Ésta no se entregaría hasta el último día legal para hacerlo, para evitar así el peligro de repercusiones contra sus integrantes. La confección de la lista, el sondeo de alianzas entre las trabajadoras, se llevó a cabo de modo totalmente clandestino: se intentaba charlar discretamente con aquella gente que parecía de confianza. Lo único que servía de guía era la intuición, así que también se dio rienda suelta a todo tipo de paranoias: el fantasma del topo aparecía por todas partes. Los pocos espacios comunes y los

escasos tiempos de descanso se aprovechaban para esta búsqueda de aliados/as. Las citas se pasaban escritas en el paquete de tabaco. Hasta la confección de la lista, el proceso fue apasionante. Las elecciones fueron muy bien: salieron elegidas unas ocho personas de la lista que se presentó. Y una vez que algunas disfrutaban de la protección que da el cargo de delegado sindical, empezó el jaleo. La gente estaba muy descontenta y no resultó difícil organizar las primeras protestas: se realizaron paros de



una hora por turno durante dos días y concentraciones en la calle. Y todo para reclamar cosas tan elementales como las almohadillas individuales, los reposapiés o el cobro de los festivos como tales (pues se cobraban como días laborales ordinarios). Antes de los paros se repartieron pegatinas de YO PARO a toda la gente, lo que facilitó bastante que la gente diera el paso de levantarse y de salir a la calle. Sólo se quedaron trabajando los coordinadores. El éxito fue total.

Los dos primeros años del comité fueron muy activos, se consiguieron y realizaron bastantes cosas. Por ejemplo, se editaba una revista con el nombre de «Sin el mute» (el mute es la tecla para dejar una llamada en espera y que el que está al otro lado del teléfono no escuche lo que haces mientras tanto) como homenaje a la comunicación entre la gente, en la que se escribía sobre todo tipo de problemáticas, no sólo las concretas de la empresa.

Es verdad que todo este proceso se benefició de una condición poco habitual: la estabilidad de una campaña larga, la de Madritel, que se prolongó durante dos años. Esto facilitó la comunicación entre la gente, el entendimiento y la creación una comunidad de intereses: posibilitó sumar fuerzas. Una vez terminada la campaña, la labor del comité y el ambiente reivindicativo en la empresa se fueron debilitando. Cuando las campañas son de poca duración, la gente se renueva sin cesar y con cada nueva tanda de nuevos contratos hay que empezar casi desde cero. El trabajo más duro, pero esencial, consiste en hablar con la gente, en hacer que pierda el miedo, que no se acostumbre a aceptar las condiciones indignas y que tome la iniciativa de protestar, de exigir. Las asambleas se celebraban en locales de la CGT: al principio se hacían en el espacio de trabajo, pero en éste la gente no llega nunca a sentirse totalmente cómoda.

Éste es uno de los mayores límites de la acción sindical en las empresas con contratos tan temporales: la continua renovación de la gente. A cambio, existe al menos una ventaja: esa perpetua movilidad de los precarios/as hace que haya un contagio de los procesos de lucha. Por ejemplo, uno de los compañeros que formaba parte del proceso de lucha de Qualytel había participado en el no menos interesante proceso de movilizaciones en el Circo del Sol (una singular y ejemplar lucha que tuvo lugar hace dos años en Madrid, cuando el Circo del Sol representaba el espectáculo del Hombre Anónimo).

Así que sí que es posible abrir procesos de lucha y de organización colectiva en los difíciles parajes del trabajo precario. Al fin y al cabo, nos dice una de nuestras guías, una tiene que armar jaleo allí donde esté. Se trata de ir sumando y comunicando experiencias para poder unir fuerzas, conocimientos, recursos...

Ya es muy tarde: La deriva va alcanzando la medianoche y comenzamos a estar muertas. Volvemos caminando a casa, charlando, descubriendo que algunas de nosotras habíamos coincidido anteriormente, en las movilizaciones de estudiantes de 1993: tras haber recorrido caminos muy distintos, tal vez no sea tan casual reencontrarse ahora, en los movedizos terrenos de las luchas desde y contra la precariedad...

